

Comitragedia en clave relativa

Pedro Carbonell Castellero

Comitragedia en clave relativa

© 2007, 2012 y 2015, Pedro Carbonell Castellero

A mi perro Dick (junio de 2000/16-2-2015)

Un titán del cariño

NOTA DEL AUTOR

Es éste un libro de relatos, a pesar de tener cierto desarrollo novelístico. Quiero matizar que en la segunda parte existe un levísimo hilo que pretende conservar esa trama adicional, y no es otra cosa que los breves comentarios de la persona que analiza, expuestos a modo de corriente de conciencia. Debido a la manera como están escritos tales comentarios, son incómodos de leer; y bastante superfluos. Recomiendo que el lector impaciente se los salte, poco aportan a la obra.

En el relato *Pinceladas* omito las comillas gruesas que deben ponerse en los cuentos orales internos, pues considero que resultan innecesarias y antiestéticas.

Pretendo aquí mostrar –entre otras muchas cosas- cómo un escritor se va moldeando a lo largo de los años hasta llegar a adquirir una personalidad literaria propia. Es por ello que incluyo mis primeros relatos, pese a que algunos puedan parecer ingenuos y pueriles.

CRONOLOGÍA DE LA OBRA

NOTA DEL AUTOR:

03/08/2006.

PRIMERA PARTE:

2004.

SEGUNDA PARTE:

Acción inicial y comentarios de la persona que analiza: 2004 y 2006.

RELATOS:

- Compensación: 10/03/1987.
- Filosofías: 24/03/1987.
- Conversación: 24/03/1987.
- Rebelde infeliz: 1987.
- Extinción: 1989.
- Suburbio mental: 10/04/1991.
- El nombre del mundo es Mierda: 12/12/1991.
- El problema de la carne: 1992.
- Pinceladas: 26/10/1993. *Este relato contiene:*
 - **Se cierran*: 16/08/1988.
 - **Polvo gris en puño cerrado*: 12/08/1993.
 - **Gatos de metal*: 1993.
- De caza: 04/12/1993.
- Pesadilla del misógino: 1994.
- Generar alimentación de oportunidades: 1994.
- ¿El autor?: 08/03/1997.

- A trozos: 24/09/1997.
- Ausencia inconcreta: 1997.
- Tren hacia el sur: 1998.
- Que la cuidéis: Noviembre de 1999.
- Disipación del olvido: Enero de 2000.
- Atraco: 24/09/2004.
- Anécdota de un incendio: 21/05/2006.

TERCERA PARTE:

2006.

Nota para curiosos:

Los seis últimos párrafos de esta tercera parte fueron creados allá por noviembre de 2004.

PRIMERA PARTE

En un meticuloso y diáfano día de principios de otoño un hombre atravesaba la calzada de una avenida de cuatro carriles, dos de ellos con sentido de circulación opuesto respecto al otro par restante. No pisaba por el paso de cebra sino casi por el centro de la carretera, si se tomaban como referencia los cruces de las calles perpendiculares adyacentes. Vestía ropa oscura y llevaba consigo un portafolios de tela negra y cierre de cremallera. No circulaban vehículos debido a que los semáforos de las esquinas estaban en rojo, pero el hombre caminaba con ligereza y tomando muchas precauciones. Alcanzó la acera opuesta y, tras un leve titubeo por el cambio de perspectiva, repasó con la mirada los rótulos de los bajos de los edificios hasta que volvió a localizar su inmediato destino, y se dirigió hacia él.

El vestíbulo era algo así como un paralelepípedo rectángulo, del cual la puerta cristalera de entrada se situaba en medio de la pared que formaba el lado más corto de la figura geométrica; y justo enfrente, un poco separada del tabique semicircular del fondo –único que malograba la forma de ángulos perfectos del lugar-, se hallaba la mesa de recepción con su correspondiente silloncito giratorio, desocupado en aquel momento. Detrás de ese mobiliario, algo desplazada hacia un costado, descendía en hermosa cascada una escalera con peldaños de mármol blanco bastante desgastados por el tiempo y el continuo uso. Toda la

estancia estaba revestida por tal material pétreo, salvo el techo. Justo a la izquierda de la escalera se encontraba la metálica puerta de un ascensor. Entre tal puerta -en uno de los lados largos- y hasta casi el vértice de la pared donde se hallaba la entrada, se alineaban ocho sillas de armazón de hierro cromado y mullidos asientos, con respaldos y apoyabrazos recubiertos por una gruesa espuma enfundada en escái negro. En el centro de la hilera de sillas había una mesa cuadrada que hacía juego con ellas. Su superficie de cristal sólo la ocupaba un cenicero redondo y apaisado, muy plano, de aluminio, que contenía algunas colillas apagadas. Tal objeto en teoría no debería estar allí, pues al acceder al interior, lo primero que se podía observar era un gran cartel que indicaba “prohibido fumar”. El lateral opuesto al de las sillas se encontraba adornado por una gran vitrina compuesta de madera de roble, toda ella cruzada por estantes en paralelo y equidistantes, repletos de libros.

El hombre del portafolios caminó con sus baratos y silenciosos zapatos de suela de goma por el vacío centro de la estancia hasta que alcanzó la mesa. Miró en todas direcciones. Arriba, adosados a un área pintada de gris claro, había dos estilizados plafones beige en solución de continuidad, colocados en perfecta simetría para que los fluorescentes ocultos tras los vidrios ornamentados esparcieran su luz de modo armónico por todo el recinto. Ahora, la luz que podían ofrecer era innecesaria -y en consecuencia estaban apagados-, por la claridad natural reinante en el lugar. Bajo sus suelas, un bien pulido suelo reflejaba, desde cualquier punto de vista que se tomara como enfoque, toda la sala, de un modo difuso; y su distorsionada y cabezuda imagen le pareció

estrambótica. Un ordenador, un teléfono y una agenda cerrada, colocada entre ambos utensilios electrónicos y forrada de polipiel marrón, ocupaban sus respectivos espacios sobre la mesa. Poco más salvo señalar la ausencia de personas en el lugar.

Pese a ciertas omisiones insustanciales y, por lo contrario, a algún que otro exceso de detallismo, el hombre pensó que no lo había hecho tan mal como creyó en un principio.

Breve lapso, cuando el claqueo de finos tacones incrementaba su sonido a medida que el cuerpo que del calzado emergía, los escalones descendía. El hombre reconoció por su indumentaria a la empleada que lo informaría.

-Buenas tardes. Perdona que lo haya hecho esperar, pero el aseo se encuentra en el primer piso y..., y eso: necesitaba ir –dijo ella mientras se sentaba y juguetona balanceaba el asiento-. En fin; dígame qué desea, señor.

-Primero buenas tardes. Y ahora le diré que traigo unos escritos que deseo sean publicados por ustedes.

-Publicados por ustedes. Entonces no sabe a quién desea ver en concreto.

-Pues... al editor.

-Al editor. ¡Uy! Está muy ocupado; en una reunión. Lo mejor sería que fuese usted recibido por algún subalterno; cualquiera de ellos podría atenderlo y así no tendría que esperar.

El hombre dudó unos instantes: titubeo ficticio porque él sabía que su entrevista con el editor era inevitable. Aunque le chocó lo que le

pareció un equívoco en lo que se daba por supuesto que ya estaba establecido.

-No importa. Esperaré –resolvió, algo desconcertado.

-Esperaré... Como quiera. Cuando transcurra un tiempo prudencial, llamaré a su despacho para saber si ya se encuentra en él. Debo advertirle que es muy probable que no desee atenderle.

-Lo hará.

-Lo hará... –Quedó un poco boquiabierto, confusa ante la contundencia y seguridad que gravitaba en la respuesta. Reaccionó señalando con su índice a la hilera de sillas:- Mientras tanto puede sentarse ahí.

Ya acomodado, el hombre meditó sobre la ecolalia, no sólo en el caso particular de la señorita, que la manifestaba –motivo ella, la mujer, de provocar la acción detonante de sus razonamientos-, sino de la perturbación en general. Supuso que podría deberse a un leve trastorno que afectaba a la seguridad propia, personal, ante lo intangible; o por lo menos, era algo parecido a un atisbo de autoafirmación que pretendía cohesionar un ligero desplazamiento del subconsciente, respecto al ego de la persona afectada. Posiblemente tales ideas se aproximaban a la realidad, pero carecía de suficiente información, y por supuesto de datos empíricos que lo ayudaran a llegar más lejos. Resolvió no indagar más, no sin antes concluir en que a tal fenómeno no se le podía negar el ser chocante y extraño para el observador, por completo éste exógeno a él.

Mientras aguardaba se produjo un pequeño desfile de individuos cuyas indumentarias, en general, denotaban una alta posición social.

Unos pocos consultaban a la recepcionista, otros la saludaban y se encaminaban sin vacilar al interior del edificio, bien fuera tomando el ascensor, o bien subiendo por las escaleras. El hombre del portafolios supuso que estos últimos, los que entraban como si se encontraran en su casa, eran personal de la empresa o gente que llevaba mucho tiempo manteniendo relaciones de cualquier tipo con ella. Sólo dos personas se sentaron junto a él en las sillas; aunque por poco tiempo, pues enseguida se las requirió para ser atendidas.

Otra vez solo, y ya había pasado un lapso de tres cigarrillos consumidos. Encendió otro, con cierta ansiedad. Miró su reloj y los dígitos le hicieron pensar con ira que la imbécil de la recepcionista ni siquiera había descolgado el auricular una sola vez, para verificar si el editor se encontraba ya en su despacho. Los nervios comenzaron a atenazarlo. Sacó de un bolsillo delantero del pantalón un pequeño pastillero, lo destapó, cogió uno de los ansiolíticos que se hallaban en él y se lo introdujo debajo de la lengua para que la saliva lo disolviese. Sabía que el efecto sería casi inmediato. Dio una calada al cigarrillo y el humo le supo amargo: así sería hasta que se diluyera el remanente de medicamento que todavía permanecía en su boca. Sin apenas haberlo consumido, aplastó el pitillo en el cenicero.

No lo entendía: ¿cómo era posible que pudiese fallar contra sí mismo? Se levantó impaciente y caminó hacia la vitrina para curiosear los libros. De cuando en cuando, sus ojos fulminaban a la chica.

Se decidió:

-Perdone, señorita, pero es muy probable que el editor haya acabado ya su reunión. ¿Podría comprobarlo?

-¿Podría comprobarlo...? Por supuesto. Un momentito.

Transcurrido el momentito, la muchacha le comunicó que el editor había accedido a recibirlo. Le indicó el piso, un tercero; y de modo confuso, cómo encontrar la puerta que él ya anhelaba atravesar.

Aliviado por vislumbrar su objetivo, se sintió en ese entonces agradecido con la recepcionista, y su variable conciencia le reprochó que había sido injusto con la joven.

Mucho rato antes de que el señor del portafolios hubiera entrado en el edificio, el editor y el resto de partícipes ya habían acabado la junta. En tales compromisos de trabajo siempre iban todos muy bien trajeados y portaban corbata, incluso las mujeres. El editor no era una excepción, pero se sentía incómodo porque él estaba acostumbrado a sus pantalones vaqueros y a la camisa de franela con dibujos a cuadros. Era un hombre de talla mediana y bastante obeso y corpulento, con una enorme calva en la coronilla que quedaba guarnecida por una ridícula melenita oscura. Una hirsuta barba negra tapaba casi todo su rostro y disimulaba su doble papada. Su edad era de cuarenta y cinco años.

Cuando hubo recorrido la mitad de un largo pasillo, sintió que le tocaban el hombro derecho; su mirada interrogó al administrador general: persona bajita y afeminada que gustaba de perfumarse con pachulí. Se trataba de un hombre despiadado con su propia imagen. Vestía siempre trajes muy caros de tonalidad clara. Además era barbilampiño, y daba la sensación de estar recién duchado en todo momento.

-¿Cree que saldremos de esta? –interrogó el hombrecillo con su voz de pito que siempre desconcertaba y alertaba a los desconocidos, sobre todo del género masculino, que lo escuchaban por primera vez.

Sin dejar de caminar para quitárselo de encima cuanto antes, pues su persona, sin saber por qué, le resultaba bastante desagradable, respondió:

-No lo sé. Aún tenemos beneficios que nos proporcionan clásicos como Bécquer, Wilde, Lorca, Moliere, Shakespeare, Galdós, Twain, etcétera. Pero lo cierto es que la mayoría de nuestras obras las editamos una sola vez. En cuanto a autores en activo, poseemos una nómina escasísima aunque de enorme calidad. Y esto último, pese a que parezca incoherente, es lo malo para nosotros, porque el lector de hoy, en general, busca entretenimiento, en detrimento del éxtasis que produce la literatura de alto nivel. (El binomio entretenimiento y calidad sí lo ofrecían muchos clásicos, pero en la actualidad, no sé por qué, esto escasea.) La solución se halla en encontrar el equilibrio adecuado; y el problema estriba en cómo conseguirlo. ¿Acaso debemos renunciar a nuestro prestigio y publicar a Stephen King, por ejemplo? Algo así, tal como están constituidas nuestras colecciones, nos hundiría. Y bueno; ya llego a mi puesto. Si quiere, podemos conversar sobre esto más adelante.

-¿Conversar?... Se debe ir al grano porque poco margen nos queda para invertir la tendencia negativa en que hemos entrado. Y le recuerdo que el responsable último de lo que aparece en público es usted. Le aconsejo que se absorba mejor en su trabajo. –Ante las palabras del

hombrecillo, el otro lo miró de reojo sopesando si poseía tanto poder como para hacer cumplir su evidente amenaza.

Se despidieron con un tenso apretón de manos. Mientras el administrador se alejaba sacudiendo en el aire, y soplándosela por instintivo reflejo, su mano dolorida, el editor hizo girar el pomo de la puerta de su despacho, atravesó el umbral y cerró tras de sí con contenida violencia. Se sentó en su sillón habitual, detrás de la maciza mesa escritorio, y apretó... Las flatulencias que tantas molestias le habían causado durante el transcurso de la reunión, comenzó a ventosearlas como si de una petardada se tratase, y acto seguido inspiró con ahínco el aire viciado por el putrefacto olor de sus propios pedos -esta actitud primigenia adquirida desde la infancia, para él se había constituido en una grata costumbre-. Vaciados sus intestinos de gases, se sintió mejor en el aspecto físico, mas no en el anímico, debido a que su memoria no cesaba de atormentarlo: fue ayer, ayer mismo, justo ahí, enfrente del edificio de las oficinas de la editorial, y daba la sensación de no haberse enterado nadie. Al parecer ni él, su propio hijo, cuando, protagonista de los hechos, entró en la casa paterna con su típico aspecto de inocencia, ignorancia y optimismo relativos a todo individuo joven que aún no ha sido sometido a los duros embates de la vertiente más cruel de la vida. Quiso interrogarlo, preguntarle cómo se sentía después del desastre, pero se retuvo sin saber bien por qué. Su niño mayor cenó la sopa de marisco, la tortilla de patatas y el yogur, todos los alimentos, sin dejar sobras, que su madre le puso en la mesa; cuando acabó, eructó satisfecho, se levantó de la silla y marchó a su habitación, a la vez que gruñía una escueta

despedida. Dio una sensación de absoluta sobriedad; y más sorprendente fue el que entre los familiares nada se comentara sobre los hechos ocurridos. Tampoco se habló de ello en el trabajo. Y él, el editor, sin poderlo olvidar: un ruido sordo después del agudo chirrido de un brusco frenazo: se asoma por la ventana y reconoce a su hijo mayor, que en esos momentos sale del vehículo, en evidente estado de embriaguez. Un coche de policía pasa por el lugar en ese instante, y se detiene. Los agentes tapan con una manta el cadáver, al cual el editor no puede ver bien desde su posición porque la colisión lo ha lanzado detrás de un plátano. Desciende del despacho a toda prisa, con la intención de intervenir en el asunto, pues se trata de su mismísimo primogénito. A éste le hacen la prueba de alcoholemia y excede en mucho el mínimo permitido para conducir. Lo llevan arrestado y, tras las pertinentes pruebas periciales realizadas por los expertos, quienes han acudido, junto a otros agentes de apoyo, con una sorprendente rapidez al lugar de los hechos, después de una casi inmediata conexión por radio establecida por las autoridades que contemplaron el siniestro, confiscan el flamante deportivo, con su frontal abollado y manchado de sangre, y al difunto lo trasladan al depósito para realizarle la autopsia, e identificarlo, debido a que no portaba documentación.

El padre sólo puede mostrarse como un impotente y lejano espectador más, pues todo y señalar su parentesco, los policías que se encargan del asunto no le hacen caso y lo mantienen a raya del mismo modo que a los demás curiosos: detrás de la cinta de precinto que con tanta efectividad y diligencia han colocado.

Es imposible, casi imposible quitárselo de la cabeza, pero debe hacerlo; se trata de un profesional y asuntos que podrían incluso hacerle perder su empleo le urgen ahora. Ya avisó que nadie lo molestara durante el tiempo que se estimó que podía durar la reunión, por lo tanto no había que preocuparse en ese momento por alguna inoportuna llamada telefónica, debido a que el acto de empresa resultó ser más breve de lo esperado y todos pensaban que aún estaba en él. Pese a todo, eso no significaba que no sobreviniera en seguida un trabajo abrumador. Para empezar, tenía tres manuscritos que los analistas le entregaron de buena mañana -después de una selecta criba-, con la intención de que los leyera y diera, o no, el visto bueno.

Recogió de la mesa una caja de cartón que había contenido una pizza mediana, también dos latas vacías de refresco de cola -bebida que casi seguro fue la causante de sus turbulencias estomacales-, y estrujando todo para que cupiera en la papelera, lo metió en ella, no sin unos necesarios apretones. Después de limpiar con un paño las migas y los aretes de agua licuada que habían formado las latas, cogió un original inédito. Resultaba casi imprescindible encontrar de inmediato autores que pudieran vislumbrarse como buenos y al mismo tiempo de gran tirada. Y con increíble nitidez mental, que manifestaba una potentísima resiliencia, se desapegó del mundo y sus problemas y comenzó a leer con la esperanza de hallar lo imposible.

Fue interrumpido en la página cuarenta y tres por una llamada de la imprenta para consultar respecto a una coma que consideraban estaba mal colocada. Contestó enfurecido que hiciesen lo que les saliera de los

cojones. Casi rompió el aparato, impregnado su emisor de rabiosa saliva, cuando colgó.

Hacia la mitad de la lectura comprendió que la novela que leía no era lo buscado por él.

Nuevos tonos del artefacto inyectaron de sangre sus ojos.

-¿Diga?

-...

-¡No se me repita! ¿Y para qué quiere verme? ¿Acaso no hay aquí jerarquías? ¿Es que no sirven para nada el señor French, la señora Pluiedoré, el jovencito Pendrepelcul o nuestra estimada y complaciente señorita Besonegro?

-...

-No se me repita, por favor; ya es que se lo suplico, de verdad. A ver: dice usted que dice que no desea entrevistarse con alguien que no sea yo, y que trae unos escritos... -De repente, en trazo fugaz, se le ocurrió que quizás ese desconocido tenía lo que andaba buscando-. Está bien. Dígale que suba.

-...

-Perfecto, perfecto; sí. -Y con resignación-: He dicho...: dígale que suba... ¡Haga el favor de no hablar más y cuelgue de una puta vez!

En esta ocasión, el auricular lo depositó en su lugar con suavidad. Dobló el folio correspondiente a donde había llegado en su análisis, para situarse cuando prosiguiera la lectura, y colocó la obra sobre las otras; acto seguido apoyó los codos en la mesa e hizo una piña de nudillos con sus manos para que le sostuvieran las peludas barbillas; y esperó.

Pronto sonaron unos tímidos golpecitos que pedían permiso para entrar.

-Adelante.

Se movió la hoja de madera y una figura humana vestida de oscuro, un tanto desaliñada y con un portafolios pegado al tórax, que sujetaba mediante el brazo derecho, avanzó hasta situarse, erguida, frente al editor. Éste mantenía la vista fijada en la superficie de la mesa. Alzó la cabeza y observó el rostro redondeado; las gafas de montura de fibra de carbono con vidrios que corregían la miopía y el astigmatismo, y detrás del artefacto, los ojos marrones que parecían protegerse con la pantalla de cristales graduados; el fino y débil mentón con su incipiente barba de dos días, la enorme frente y el corto cabello azabache casi en la parte posterior del cráneo... Y sí..., entonces sintió el estremecimiento abisal de prognosis negativa que recorrió todos los nervios de su cuerpo.

No da muestras de su perturbación: es fuerte, acostumbrado a mandar, y por tanto su reacción hacia la normalidad es casi instantánea. Con decisión, se levanta de la butaca, apoya la palma izquierda en la mesa y curvando su cuerpo estira el otro brazo para saludar al recién llegado. Éste, cambiando de mano el portafolios, le corresponde, y de inmediato vuelve a quedarse inmóvil.

-Bueno, bueno; buenas tardes. Tome asiento, hombre, y explíquese
-dijo el editor al tiempo que se acomodaba de nuevo.

-Hola -contestó mientras obedecía-. Verá, yo... traigo unos textos que pienso son merecedores de ser publicados. -El sujeto abrió la

cremallera de su inseparable objeto y sacó un manojo de hojas algo arrugadas.

-A ver... Déjeme... ¡Caray; esto está escrito a mano! -Ojeó un poco más por encima y acto seguido preguntó lo que desde el principio lo mantenía intrigado-: Dígame, ¿por qué ha venido en persona y sólo quería verme a mí? ¿No podía hacer lo que todo el mundo: enviarnos esto por correo?...

-Es imprescindible que sea así. Debe haber un encaje perfecto y resulta necesario que yo entre en acción.

El editor quedó aún más desconcertado con tal respuesta. Todavía tenía entre sus manos los papeles; los depositó en la mesa y miró el rostro que de algún modo creía conocer, cuestionándose si en aquellas facciones había algo que le hiciera pensar, asegurarse mejor, si la criatura de su presente mostraba signos de tara psíquica. ¿Dejaba traslucir una leve oligofrenia?... Estúpido pensamiento, se rectificó, porque es difícil que un tonto pueda escribir algo que sea coherente y bien trenzado. Pero ¿así era; estaban bien redactados esos textos que le había entregado?... Dejó de cavilar en tales asuntos, concluyendo en que todo estaba bien, si no él mismo, pues la tensión de los hechos recientes aún lo mantenían inestable en el plano emocional.

-Son relatos que, en términos absolutos, han requerido de amplios periodos temporales para ser creados -prosiguió el hombre, más que nada para espolvorearse del incómodo examen a que estaba siendo sometido-. Qué decir de los primeros cuentos, los más antiguos: pues que notarán en seguida que son los balbuceos de un novato; pero a media que avancen

en la lectura, es decir, que se progrese en el ritmo temporal interno de los textos y se evalúen obras que sean cada vez más recientes, se percatarán de que hay auténtica madera literaria...

>>Le diré que apenas los he retocado. Por ejemplo, en el idioma que utilizo para expresarme por escrito, el castellano, en esta lengua, como digo, existe el sufijo “mente”, que adverbializa los vocablos en que es incorporado. Resulta que muchos años después de estar escribiendo y no sentirme preocupado en absoluto por colocar a menudo palabras con tal sufijo, resulta, digo, enterándome por casualidad, que se considera inapropiado abusar de ellas cuando su meta es la de ser impresas... Y cosas así, y otras, no las he cambiado para nada. ¿He hablado correctamente?

-No demasiado, aunque le aseguro que he comprendido perfectamente.

Y una sonrisa fugaz y universal, que acompañará a la humanidad hasta el resto de sus días, se dibujó en sendos rostros.

El editor, todo y con urgencias crematísticas empresariales que lo podían arrastrar a unas más que posibles consecuencias negativas a nivel personal, no tenía ganas de trabajar, es decir, de continuar con la lectura; pero consideró que ya había dedicado mucho tiempo a la visita del tipo este, y resolvió hacerse el importante:

-Bueno, bueno. Tendrá que perdonarme. Entienda que estoy muy ocupado y creo que ya no tenemos por qué hablar más. Tan sólo un último fleco: ¿qué le parece si regresa usted mañana por la tarde para darle una respuesta? Esto ha de evaluarlo un experto y, como gran favor

hacia su persona, mandaré que se haga de inmediato. Supongo que habiendo venido una vez, no le importará volver. ¿O tendrá algo que hacer?

-¡No, no! Por mí, perfecto. Le confieso que estaba seguro de que me diría eso.

El editor se incorporó de su asiento y lo acompañó con mucha amabilidad hasta la salida.

-Adiós, adiós, señor escritor, adiós... Gírese y mire por dónde va, hombre, que se caerá. Sí, sí... Adiós, adiós.

Cuando cerró la puerta y quedó a solas en su despacho nuestro ínclito caballero, comenzó a correr a saltitos y de puntillas -“Nopuedo nopuedo, ¡ay!, nopuedo nopuedo”, murmuraba-, desesperado por llamar a secretaría para que le enviaran un analista de inmediato. Tenía buenas vibraciones. Le dijeron que ahora no disponían de personal, salvo que en ese mismo instante una “criatura” estaba solicitando un empleo de esa índole.

-¿A qué se refiere al decir “criatura”?

-...

-¿Que ya comprenderé si acepto hacerle una entrevista ahora?...

Bueno..., pues que venga.

Y el ser humano llegó, y entró, y el otro comprendió: parecía una persona andrógina, o más bien, pensó, “noandronigina”: asexual. Nuestro editor tuvo algo así como un episodio de diplopía a suerte de nistagmo con oscilación psíquica y no ocular, y sólo respecto al ser humano que tenía enfrente; a intermitencias veía ora un macho, ora una

hembra. Ello le hizo recordar, por una concatenación de asociaciones mentales que no se ajustaban con excesiva precisión a lo que era su actual experiencia de desorientación perceptiva, una obra breve que leyó en su juventud. El protagonista de tal relato contemplaba, cuando se sumía mediante drogas en un estado que se suponía alucinatorio, la auténtica realidad.

Tuvo el editor la tentación de preguntarle el nombre para salir de dudas sobre su sexo, mas al cabo de un leve titubeo se dijo que eso era ahora algo intrascendente. Además, sin duda, por obligatorio, esa “criatura” había rellenado la solicitud de empleo en el lugar pertinente -hecho que hacía resultar coincidente y justificable su demora en acudir a la presente entrevista- y por tanto tal información la podía conseguir cuando quisiera.

-Bueno, bueno... No sé nada de usted pero imagino que es persona competente y bien instruida, cuando desea trabajar en esto.

-Soy lo que busca. No lo defraudaré. -Pronunciadas estas palabras, su interlocutor quedó boquiabierto un instante: era increíble, incluso su voz se atiplaba con una facilidad pasmosa, como, imaginó, la de los eunucos de antaño cuando cantaban en la ópera.

Bastante irritado por entonces, el editor decidió abandonar por todas el asunto de la identidad sexual de la persona que estaba a su lado. Tenía la sensación de estar viviendo un día idóneo para volverse loco. Sacudiendo con un leve gesto la cabeza, fue a la médula del tema que le interesaba:

-Le confieso que su entrevista conmigo sólo es debida a que en estos momentos no dispongo de mis colaboradores habituales y me urge que alguien, en este caso usted, realice un trabajo urgente. Éste le servirá de prueba para la casa: si hace un informe de calidad satisfactoria, prometo que firmará un contrato de seis meses, en principio. Después, si demuestra buena capacidad, se quedará con nosotros.

-No lo defraudaré. ¿Qué hay que evaluar?

Le hizo entrega de los manuscritos.

-Esto. Y ya puede marchar porque quiero una respuesta mañana antes del mediodía.

-La tendrá. Muchas gracias por confiar en mí. Adiós.

-Adiós, adiós.

Y se fue.

Con un bolígrafo, el editor permaneció un buen rato dando golpecitos sobre la mesa, ensimismado en una delirante perplejidad, acosado por los acontecimientos vividos aquellos dos últimos días.

Pensó que permanecer allí, en el lugar de trabajo, resultaría estéril si no perjudicial para su salud psíquica, así que optó por salir un poco antes y marchar a casa con los suyos. Buen proceder: terapéutico y lenitivo, se dijo, mientras antes de tomar el pasillo daba un empujoncito a la puerta de su despacho, y comprobaba que el pomo estuviese trabado (todo realizado de manera simultánea e inconsciente), para ver si había cerrado bien, y así quedarse tranquilo.

SEGUNDA PARTE

-¡Mi amor, e encontrado trabajo! Sí, cariño, sí... Ké te iba a dezir...:
si no está la zena echa, ya me la aré yo kuando akabe el enkargo ke
tengo; i si está, déjamela en el mikroondas.

-No está echa, pero sólo por lo ke me dizes merezes ke te la
prepare, i kuando kieras te la kalientas.

-Grazias. Yo paso al cuarto, ke estoi kon deseos de empezar.

-¡Mua...!

beamoskomoloago

meabstrendeopinarastakeakabedeleereslomejor

nosonrelatosmuilargosisepuedemantenerlakonzentrazionastaelfinal

komenzemos

COMPENSACIÓN

Su nombre completo era Francis Morales Carrión y estaba considerado, hasta que se demostrase lo contrario, como el hombre más inteligente del planeta. Poseía a sus jóvenes veintisiete años seis doctorados entre las diferentes ramas de la ciencia, y tenía el propósito de adquirir tres más en poco tiempo.

Sí, era una mente privilegiada, pero... padecía numerosos trastornos fisiológicos que lo mantenían en un estado de salud poco óptimo: arteriosclerosis, reuma, corazón delicado, un hígado que debía cuidar bien para no abocarlo a una cirrosis...; en fin, que estaba pachucho.

-¿Cómo es posible –pensó una vez en voz alta, cuando estaba a solas- que con mi inteligencia deba remolcar un cuerpo tan maltrecho? Según tengo entendido, existen poderes mentales tales como telepatía, telequinesia, precognición, etcétera. Por lo tanto, racionalmente, yo debería tener esos poderes incrementados.

>>Bien. He pensado que si mi mente se concentrase completamente en las zonas débiles de mi físico, podría agregar una energía que pusiera orden en las células dañadas y las corrigiera; y así se revitalizaría mi organismo.

>>Comencemos...: el cerebro ordena, el cerebro ordena y el cuerpo obedece; energía, necesito acumular energía para reorganizar las estructuras anómalas; cuerpo busca energía, de donde sea, de donde sea, de donde sea: minerales, enzimas, glucosa, vitaminas..., todo lo que sea, recogerlo de donde sea: necesito organizarte sano. ¡Compréndelo, cuerpo!...

Desconocemos el motivo por el cual Francisco se curó de todos sus males somáticos. También ignoramos la causa de la casi absoluta consumición de su cerebro. Su inteligencia actual es equiparable a la de un perro.

injenuoisinembargoentretenidoaikerrekonozerlo elnibelesbajo
pesimo esperemoskemejorenadelante sigiente

FILOSOFÍAS

Podemos viajar a decenas de años luz; tenemos varias colonias esparcidas por esta zona de la galaxia; he escuchado que se está en camino de hallar la forma de viajar por agujeros negros invertidos; podemos crear vida casi de la nada; diseñamos ordenadores bioelectrónicos capaces de hacer maravillas. En fin; hemos avanzado tanto que no me explico como es posible que haya todavía problemas tan antiguos sin resolver, como... ¡Vaya!; me reclaman.

-Chico, no te duermas que la cola espera.

-Lo siento. No me había dado cuenta de que ya me tocaba. Tenga; hágame el favor de sellar mi carné de paro.

nokarezedeimajinazionkieneskribe estamui berdeiesperomejorias
sui majinaciones optimaperoleidonomerezeser publikado
beamoslokebiene

CONVERSACIÓN

-¿Te acuerdas que te lo dije hará sólo unos treinta mil años? ¡Tanto que nos echaba en cara ella que le teníamos envidia por haber hecho unos hijos tan listos! Pues le ha pasado que sus niñitos tan listos la han hecho añicos.

-Sí, pero lo peor no es eso, sino que quieren montarse en nosotros.

-Bueno, aunque vengan, no creo que nos hagan nada; ya tienen la lección bien aprendida.

-En eso tienes razón, pero...

-Perdona que te interrumpa. Es que ya estamos demasiado lejos y no te escucho bien. Así que dentro de unos años, cuando volvamos a coincidir, hablaremos de nuevo. Hasta otra, Marte.

-Hasta otra, Venus.

empeorapasosajigantados estoipordejarlo
elrelatoesestupidoamasnopoder
aunquebienmiradosepuededezirkenoepasadopajina
siaialgobuenoieleditorlokaptanokonsegireltrabajo boluntadialeer

REBELDE INFELIZ

COMENTARIO

Voy a narrar, en un breve opúsculo (valga la tautología), lo que me contó mi colega Crazy Seis. Dice él que todo es verdad. Yo, sinceramente, al principio creí que quería gastarme una broma pesada, pero cuando le dije lo que pensaba al respecto, se enfureció mucho y me mandó a la mierda entre gritos e insultos y alguna que otra maldición; en definitiva: resultó fácil deducir que no quería que nos volviésemos a dirigir la palabra. Después cavilé durante un periodo indeterminado de tiempo y llegué a la conclusión de que él no tenía motivos para engañarme. Cuando volvimos a vernos en persona, yo, avergonzado -aunque también despechado, porque lo que más me costó para decidirme a hablarle fue el sopesar hasta qué punto me sentía indignado por su acto de irascible soberbia-, le dije que le creía y que nunca debía haber dudado de su palabra. Entonces nos perdonamos mutuamente el desliz y hoy todavía seguimos siendo buenos amigos.

LA EXPULSIÓN

Lo aguantamos bastante hasta que ya quedamos todos hartos de él. Quizás tenía razón en lo que decía pero lo que nos molestaba era la

forma con que nos lo quería dar a entender: altisonante, bravucón, amenazador... El pobre viejo ser no se había dado cuenta, o no quería darse cuenta, de que nosotros éramos los nuevos amos, de que él se había quedado atrás; y así, ya hartos, lo expulsamos de sus tierras, de su última morada.

Realmente no podía quejarse, pues lo internamos en el centro geriátrico de mayor categoría que había en aquel momento.

Nos dio pena cuando lo vimos partir. Ya no estaba tan arrogante aunque tuvo destellos de ello cuando nos dijo que no nos preocupáramos, que a nosotros nos ocurriría lo mismo que a él, que el tiempo, maldito tiempo –pues no pensó en sus consecuencias–, se encargaría de darle la razón.

EL LUGAR

Después de expulsar a su antiguo dueño nos asentamos en el lugar. Ni siquiera tuvimos que terraformarlo, puesto que era el original.

Grandes imperios de cemento y asfalto (a nuestro estilo) fueron construidos. Sólo respetamos una pequeña parcela de tierra, por remordimientos de conciencia; lugar al que convertimos en plaza: un bello rincón que, sin saber muy bien el porqué, durante el transcurrir de los siglos se estableció como centro de peregrinación.

Como hecho anecdótico, referiremos que justo en medio de tal plaza se encuentra un enorme y antiquísimo, aferrado a la eternidad, da la sensación, árbol al que vulgarmente se le conoce como manzano.

lebemejoria estiloyanoknrreminiszenziasasimobianasalprinzipio
eljeneroparezede kantarseporkompletoazialazienciafikzion notienekabida
kreokestonoentraenlosplanesdelaeditorial prosigamos

EL NOMBRE DEL MUNDO ES MIERDA

Apesta y huye porque le vienen malos olores. Todo está podrido y ¿se da cuenta? Amontona mierda y la deposita en el lugar en que todos añaden su cuota de mierda.

Aparece el camión recogemierda y todos arrugan la nariz nacida de mierda.

Todo el mundo de mierda pone el grito de mierda en el cielo de mierda.

-¡No queremos mierda! ¡No queremos mierda! –protestan. De repente, los manifestantes se separan entre sí, todos respecto a todos, con miradas acusadoras y aviesas.

enorme bajada en nivel parecen manifestarse una fractura emocional
el renkorazial goinkonkretoes palmario beamos estes delos mas largos

EL PROBLEMA DE LA CARNE

Allí está Droguor. Desciende por el estrecho sendero; viene a verme. Dejo la azada en el suelo y acudo solícitamente a su encuentro.

-Qué, Luisa, ¿cómo te encuentras? –pregunta cuando la distancia entre nosotros es inapreciable. Quiero decir con esto que nos hemos sujetado (apoyado) el uno contra el otro por los hombros con nuestros brazos, y seguidamente nos contemplamos mutuamente las sollozantes facciones, desfiguradas por la emoción.

-Bien, siempre estoy bien. Eso sí, el hambre comienza a acuciarme –contesto, mientras de inmediato nuestras mejillas se humedecen por efecto del recíproco beso con que acabamos nuestro saludo.

Caminamos abrazados hasta la chabola donde vivo. Apartamos los cartones que cubren la abertura que da acceso al interior y nos agachamos para entrar. Una vez dentro, la altura es suficiente como para poder permanecer de pie.

-Coloca los cartones; entra aire –ordeno mientras saco de su rincón mi piedra favorita. Acomodo mis posaderas e indico con el índice el lugar donde guardo la piedra de las visitas.

-¿Has encontrado algo en la charca? –interrogo a Droguor, ya en su duro asiento.

-Nada que valga la pena. Las ranas dicen que no intercambian más ancas por agua. Argumentan que ha llovido mucho en este tiempo y sus necesidades se han vuelto innecesarias.

-Entonces nos hemos quedado sin carne para lo venidero –comento pensativamente.

-Podemos realizar una incursión en Ciudad Grande, atrapar un retoño y salarlo para tenerlo en conserva.

-No creo que lo consigamos; están prevenidos contra eso. Lo hemos hecho demasiadas veces.

-¡Pues yo me resisto a quedarme sin carne! –chirría Droguor.

-¡Y tanto! ¡Oye; que la necesitamos! Todo vegetal conocido que catamos no nos resulta digerible: en seguida lo vomitamos. ¿Hemos pasado de ser omnívoros a ser carnívoros?... La cuestión es que encontraremos alguna solución, sin duda.

>>Mira; pronto se pondrá el sol. Lo mejor es que vayas a tu casa y pensemos por separado en cómo solventar nuestro problema.

-Tienes razón, empieza a anochecer. –Droguor se levanta y sale del habitáculo, pero antes de marchar introduce la cabeza por el orificio que se usa como puerta y comenta:

-Busca una salida rápida a esto; tu mente es ágil y vales más que yo para este tipo de cosas.

-No lo fíes todo a mí, ¿eh? Tú también debes cavilar en ello.

-Sí... –escucho, a cierta distancia ya.

Hace horas que pienso en el problema de la carne. La noche se ha cerrado por completo y no encuentro solución alguna. Doy vueltas y más vueltas en el pesebre de paja.

Más tiempo transcurre. Mis enredos mentales y el calor que impera en la noche no me permiten dormir.

Una bombilla se enciende de repente en el techo del cubil, y todo se manifiesta diáfano. Con desesperación, me levanto para atrapar la lámpara incandescente.

Mis dedos se han quemado y la iluminación se ha extinguido. No me importa. A oscuras, busco en el lugar donde guardo los palos y las piedras; recojo algo de paja y comienzo a hacer yesca. Después de un angustioso rato consigo prender un pequeño fuego. Recuperada la visibilidad, localizo la bombilla y leo un mensaje impreso en el vidrio, al parecer orientativo para resolver el problema:

“Follad”.

La palabra juguetea entre los recovecos de mi mente; no consigo comprender: follad, follad, follad... ¿Qué me querrá dar a entender?

¡Ya está!

Salgo atropelladamente de mi cubículo y, de la misma manera, me introduzco en el otro, adosado al mío.

-¡Droguor, Droguor...! –grito con exaltación; mi respiración se halla entrecortada por la emoción.

-¿Eh...? –escucho en las indeterminadas tinieblas del lugar. He despertado a Droguor, y es persona muy quisquillosa con estas cosas,

aunque no creo que esta vez le importe la brusca interrupción de su sueño.

Me aproximo a tientas hasta su cuerpo: me resulta fácil localizarlo porque el sitio es minúsculo.

-¿Qué haces, Luisa? –pregunta no sin irritación al notar cómo yo hurgo con mis manos entre su piel. Captado su vello púbico, me basta un leve movimiento hacia su entrepierna para percibir la húmeda y entregada tibieza de su sexo.

Con cierta resistencia por su parte, que achaco al típico dengue femenino, logro introducir mi enhiesta verga en su complaciente orificio y doy comienzo a los vigorosos embates de unión... Droguor ha dejado de protestar para dar paso a unos estridentes y conejiles grititos de placer.

Justo al acabar de hacer el amor, hemos tenido que salir corriendo de su choza, pues la yesca que tan trabajosamente conseguí prender quedó encendida e incontrolada en las cercanías de mi catre de paja, y el fuego se ha extendido entre nuestras viviendas de cartón.

-Ahora me dirás por qué has hecho esto –pide explicaciones Droguor, ya ambos a salvo. Deposita, lanzándola, una ramita sobre las humeantes brasas de lo que fueron nuestros hogares.

-Ha sido sin querer, encendí una...

-No, no me refiero a eso, sino al polvo que me has pegado.

-¿El polvete? Bueno, la follada se debe a que de esa manera resolveremos nuestro problema de la carne.

-Nueve meses es mucho tiempo –responde Droguor, comprendiendo los motivos de mi inesperada irrupción en su morada;

haciendo, debo reconocerlo, exhibición de una capacidad de abstracción sobresaliente.

-No nos queda más remedio que esperar.

Droguor deja de mirar los rescoldos y se gira hacia mí. Hay ira en su rostro.

-¿Esperar? ¿Esperar nueve meses con sólo dos kilos de ancas de rana? Estás loco.

Ante su enérgica réplica no me queda más remedio que agachar ligeramente la cabeza, a fin de que no pueda ver la incipiente rojez que se produce en mi rostro, que resulta aún más evidente en la casi total oscuridad de la noche. Sé que mi mente patina bastante, pero me avergüenza que alguien me lo recuerde; y peor todavía si es Droguor esa persona, además de ninguna otra.

Ella, percatándose de que se ha excedido, se acerca a mí y me rasca detrás de la oreja, haciéndome cosquillas. Jadeando y con sonrisa babeante, hago bambolear alegremente mi rabo como respuesta a la regocijante y placentera sensación que me produce la caricia.

-Tranquilo, Luisa, tranquilo. No quería ofenderte.

Ya calmados, nos sentamos en el suelo y contemplamos los restos de ceniza de lo que fueron nuestros hogares. Sin mediar palabra alguna, sabemos que ahora tenemos dos problemas: la comida y el refugio. Nos será muy difícil volver a conseguir los suficientes cartones como para reconstruir las cabañas, pues el viejo escarabajo chatarrero que nos proporcionaba los materiales tuvo una escaramuza con una avispa que se lo quería comer; y por desgracia para él, lo consiguió.

Ha vuelto la noche. Estamos hambrientos. Temerosos de agotar nuestras provisiones, no hemos probado bocado en todo el día.

Mucho diálogo, y puntuales picos de discusión, para llegar a la conclusión de que aquí no vale la pena permanecer: haremos un viaje.

Droguor camina hasta el árbol donde guardamos el saquito de cuero que contiene nuestras pobres provisiones nutritivas. Hurga en un hueco que hay en el tronco, encaramada, haciendo equilibrios a unos cinco metros de altura, y por fin saca a relucir el preciado trofeo. Una vez situada en el suelo, me lo muestra alzándolo con su brazo derecho, y sale corriendo.

-¡Adiós, idiota! –le oigo decir a una considerable distancia de ausencia, fuera de mi alcance visual, y también físico, debido a lo irregular del terreno, y al tupido matorral que hay en la zona donde se ha introducido.

Droguor es como una niña; le encanta jugar y ahora quiere que rabie un poco. No caeré en la trampa. Esperaré a que se canse y regrese para compartir los pocos trozos de ancas que nos quedan de reserva.

Se está excediendo. Han pasado dos días desde que marchó con las provisiones. Comienzo a temerme lo peor.

Endeble por el largo periodo transcurrido sin comer, consigo levantarme de la roca donde he permanecido sentado todo este tiempo y,

con el culo dolorido e insensible –algo que de hecho sucede aunque pueda parecer contradictorio-, camino tambaleándome y tembloroso hacia el manantial. Refresco mis caras y bebo un par de sorbos de agua. Cierro el grifo cuando acabo.

En tanto hago unos pocos estiramientos para aliviar el agarrotamiento, todo y que estoy muy débil como para realizar alardes físicos por muy leves que sean, pienso en que resulta imprescindible llevar a cabo ese viaje concertado con Droguor; y visto que ella no va a volver, a la postre deberé hacerlo en solitario.

Sin duda será un largo viaje, un viaje iniciático, un viaje que me ayudará a comprender el mundo donde habito.

Hace mucho -creo-, yo moraba en otro lugar y no me llamaba Luisa. Esto ¿lo sé? porque tengo sueños (que poseen una recalcitrante e inquietante capacidad de seducción, y me sugestionan para convencerme de que yo acabo por estar, y ser, plegado –lados de mí mismo en resbaladiza y maleable oposición- hacia otro tipo de situaciones que se bastan por sí mismas para ser reales. Siempre que despierto finalizo concluyendo, no sin las pertinentes dudas, que tales sueños deben de ser incrustaciones de un pasado que en estado de vigilia me es imposible recordar) en los que veo a unas personas con las que jamás me he encontrado aquí, y, dirigiéndose a mí, me aplican el nombre de Luiso. ¿O es Luis? No sé, la verdad, pero algo así sí es.

Casi siempre, de modo recurrente, esa gente me despierta –en los propios sueños- para que vaya yo a trabajar (¿qué significará que tenga que irme a “trabajar”?); y me levanto, obediente ante la hembra y su

cachorro, ambos siempre manifestando gestos imperiosos y hostiles hacia mi persona. La actitud agresiva de la mujer y el niño me pasa desapercibida mientras todo está sucediendo –es ahora que me doy cuenta del proceder de ellos-; lo que yo hago es enfundarme atolondradamente, introduciendo sus perneras por los respectivos pies, una cosa llamada pantalones; aunque antes debo asegurarme que tengo colocada otra cosa que es casi igual pero más pequeña -cubre la misma parte de mi cuerpo, salvo las piernas, pues carece de perneras-, denominada calzoncillos. Es realmente curioso, pero no puede ser a la inversa, es decir: siempre hay que ponerse primero los calzoncillos, y después los pantalones; indefectiblemente. Sí, sí; así es. Lo sé porque tuve un amago de pesadilla en la cual me iba a trabajar sin haberme puesto los calzoncillos, y al cabo de un instante, situado yo en un lugar que en los sueños se cita como “rellano de la escalera”, oí gritar a esa extraña que en el mundo onírico dice ser mi mujer:

-¡Luiso, Luiso, ven! ¿No te olvidas de algo?

-¿Eeeeh? ¡Ah, sí!: los calzoncillos –respondí a su requerimiento-.

Y qué más da... –No sé por qué se me ocurrió decir esto último. Me puso tal prenda en la boca, gritando como una loca:

-¡¿Cómo que qué más da?! ¡¿Cómo que qué más da?! ¡Regresa ahora mismo a tu cuarto y pónelos!

-Lo puedo hacer aquí –gemí asustado-. Mira. ¿Ves? –Alcé un pie e inicié el gesto de colocarme los calzoncillos por la parte externa de los pantalones. ¡Dios mío! ¿Por qué puñetas no le hice caso?... Tiró de mi oreja con la intención de arrancármela.

-¡¿Es que me estás tomando el pelo?! Ve adentro y pónelos como debes, porque si no, irás al trabajo con el culo caliente.

-Ya voy, ya voy... -Entré en la habitación y me quité los pantalones; acto seguido me puse los dichosos calzoncillos y, por fin, los cubrí con los pantalones. Salí del cuarto con la esperanza de haberlo hecho bien, y, en efecto, así debió ser porque la mujer no dijo palabra al verme.

Poco más recuerdo de esos sueños tan insistentes. Generalmente acaban cuando llego al extraño evento, cuyas características no recuerdo, llamado trabajo.

Es el momento de marchar en busca de la carne. Con toda seguridad resultará el viaje más legendario que jamás se haya llevado a cabo. No se conoce a nadie que haya recorrido una distancia de un radio superior a cinco kilómetros, partiendo del punto donde me hallo: el de origen, o céntrico; y yo tengo pensado hacer un trayecto bastante superior. Será digno de recordar.

Siento un hambre atroz y no hay algo que se pueda comer (inocente de mí, aún sigo confiando en que Droguor regrese). Me dirijo a donde están almacenadas las vejigas de piel con las que transporto el agua que utilizo como elemento de trueque con las ranas. Cojo dos y las lleno del susodicho líquido hasta que rebosan. Una vez listo, me encamino hacia la charca.

Cuando tengo el objetivo al alcance de mi vista, aguardo aprensivo a que suceda..., y sucede: una lengua insectívora rodea mi cuello; aprieta

tanto que no puedo respirar. Para alivio mío, en seguida se retira. Toso, escupo, intento tomar aire y carraspeo, todo ello simultáneamente y con violencia. Mi abotagado rostro se recupera poco a poco hasta alcanzar la normalidad.

-Perdona, Luisa, no te había reconocido –dice la rana; ronca y profunda su voz. Alarga una de sus patas delanteras con la intención de que yo se la estreche, buscando un saludo. No me hago de rogar: me saca un palmo de estatura por lo menos, y parece estar de mal humor.

-Te estarás preguntando para qué he venido, ¿verdad? –le digo mientras acepto su educado ofrecimiento de tomar asiento en un tocón húmedo, abarrotado de musgo y bichos. También está lleno de astillas, que surgen como clavos, y me pinchan en el culo.

Mi necesidad por alimentarme es tan lacerante que no puedo evitar llevarme a la boca todo tipo de insectos, arácnidos o lo que sea que tenga algo de carne. De repente capto la mirada grave y aprensiva de la rana y me quedo quieto, abochornado por el triste espectáculo que he ofrecido.

-Lo siento –digo. Entonces, intentando dignificarme ante ella, la miro a los ojos y muestro la intención de que en adelante nuestra conversación resulte lo más coordinada y coherente posible.

-Pues sí –responde a la cuestión que yo le había planteado-, porque no ignoras que hemos suspendido el comercio de ancas hasta que llegue una época de sequía.

-Sí, lo sé. Pero debo conseguir algo de carne para realizar un largo viaje. Si salgo de aquí sin provisiones, es muy probable que no llegue a parte alguna.

-¿Por qué quieres viajar?

-Parto en busca de la carne.

-Es irónico: necesitas comida para ir a la búsqueda de ella.

-Puede que sea irónico, sí, pero lo cierto es que el caudal de carne en esta zona se ha agotado y hay que marchar con el fin de encontrar lugares más generosos. Además, viajo también con otra segunda intención... –Justo ahora siento arcadas y devuelvo lo ingerido. Mi contortulía aguarda a que me reponga, y entonces dice:

-Era de esperar que fracasara tu experimento. –En un principio mi mente se queda en blanco; no encuentro sentido a sus palabras. La rana abre la boca, dispuesta a sacarme del evidente enredo en que estoy sumido. Interrumpo su intención porque ya he comprendido lo que quería decir:

-Sí; ha fracasado. Fue inútil sembrar carne. Hace poco que lo revisé y observé que las “semillas” estaban podridas. Debo buscar otra solución y creo que ésta es la de partir a otro lugar; y para marchar, necesito aprovisionarme.

Acabada la frase, le muestro, sujetándolos de los nudos que impiden que se escape el líquido, con mis manos alzadas a media altura, los dos recipientes llenos de agua que he traído conmigo.

-Te ofrezco esto por un kilo de ancas –digo, haciendo gestos de vendedor ambulante-. Es una gran oferta.

Me agacho y deposito los odres al pie del tocón. Me incorporo, miro hacia la rana y observo, no sin cierto estupor, que la criatura parece estar sonriendo.

-Ya te he dicho que no nos hace falta agua –contesta, para irritación mía.

No puedo darme por vencido. Droguor parece ser que no regresará; ha huido cobardemente con la comida. Necesito alimento para iniciar el camino en condiciones óptimas; y de paso, si cabe, buscaré a Droguor: me vengaré de ella si la encuentro. En caso de dar con la mujer y aún no ha parido, le arrancaré las entrañas, y a ese ser que comenzó a existir y es en parte mío. Todo ello me lo comería crudo ante los ojos moribundos de ella. Si el bebé ya hubiera nacido, lo herviría a modo caníbal: vivo.

-No dices nada –escucho de manera lejana. Alzo la mirada y encuentro los ojos saltones de la rana.

-Estaba pensando –respondo.

-Pareces decidido a marchar; ¿no es así?

-Sí. Viajaré con carne o sin ella.

La rana desciende de la piedra en la que había estado aposentada y se rasca el abultado vientre con una pata trasera, como un perro. Alza de súbito la cabeza y atrapa con su lengua un moscardón que intentaba aposentarse en su frente. Saborea el manjar mientras me mira con una rara expresión en su, digamos, rostro.

-Entonces lo harás sin carne –sentencia. Quedo desolado ante tal contundencia. Si se exceptúa el pequeño festín que acabo de vomitar, hace tres días que no pruebo bocado, y me es indispensable comer algo lo más pronto posible, si no quiero perecer por inanición.

-¡Espera, no te vayas! –grito al contemplar que gira sobre sí misma para iniciar su marcha. Agarro su extremidad derecha trasera. No parece

gustarle mi reacción y tira con fuerza de la pata, dispuesta a deshacerse de la débil presa que le he hecho, resultándole ser algo que lleva a cabo con espantosa facilidad, todo sea dicho.

-¡Jamás vuelvas a tocarme de ese modo!

Su amenazadora advertencia me deja consternado. La miro con cara de bobo, como si nunca hubiera visto su figura de anfibio.

-Sal de aquí –dice, ya calmada y mirándome, juraría, con cierto aire conmisericordioso-. Has estado demasiado tiempo conectado y tu urgencia por comer no es más que un deseo físico auténtico. Y no es el principal: ríete si te digo que tu primera necesidad es líquida: ¿ves, ves cuánta agua hay? ¿O quizá no?

>>Todo lo que está sucediendo es debido a que tu mente se niega a aceptar la realidad, así de sencillo.

No comprendo lo que pretende indicarme, pero algo me dice que es sumamente importante que analice e interprete de manera correcta sus palabras y actúe al cabo en consecuencia.

-Salir... ¿Adónde? ¿Me estás advirtiendo de algún riesgo que conozco y no recuerdo? ¿Qué ocurre?...

-No puedo explicitar más. Lo siento. Lo siento. Has de salir de aquí, salir de aquí...

Sumido entre la bóveda de su eco miro a mi alrededor; observo el paisaje. Otras ranas retozan en la orilla de la pequeña laguna que es su vivienda; buscan atrapar los zumbantes insectos que pululan entre las cíperas. A lo lejos se divisa una gran montaña, o una cordillera, para ser más exacto, demediada por oscuras nubes.

Salir de aquí..., recapacito. Y llego a la conclusión de que no sé el porqué de encontrarme en este lugar..., y de que ni siquiera estoy seguro de si he venido de alguna otra parte...

Es hacia las montañas donde tengo pensado dirigir mis primeros pasos. Siempre me han gustado las montañas aunque también las he temido –impresiones ignotas, no especificadas en mí-. Esas moles de piedra dan la sensación de ser criaturas impasibles y gigantescas que se distraen contemplando cómo los efímeros de esqueleto interno pugnan por acceder a la cúspide de sus fisonomías. Jamás han comprendido por qué la gente muere por querer ascenderlas; y como conducta irracional que es tal invasión, castigan a los escuálidos seres con tempestades de viento y nieve: les hacen las cosas más difíciles de lo que en sí son.

Creo que jamás alcanzaré la montaña; creo que la rana sabe más de mí que yo mismo; creo que moriré dentro de poco. ¿Ha llegado el momento de claudicar?

Pese a todo, me despido de mi compañera circunstancial e inicio camino, al encuentro de la montaña.

Hace dos horas que intento alcanzarla y la diviso exactamente igual de lejos que cuando estaba junto a la charca. Me encuentro exhausto, agotado. No podré continuar mucho tiempo con las fuerzas que me restan.

Transcurre otra hora y ya voy casi a rastras. El paisaje es siempre el mismo y la silueta de la cordillera es idéntica a como lo fuera al iniciar

mi viaje: no ha aumentado de tamaño; no tengo la sensación de aproximarme a ella. Parece que por mucho que avance, con mi entorno sucede otro tanto. Juraría que el panorama se me distancia a una velocidad proporcional a la que yo imprimo en mis intentos de desplazarme.

No lo conseguiré porque comprendo que voy a morir. Esta certeza de que llega mi deceso se debe a que capto en ese instante el motivo de lo selectivo de mi pensamiento generador, motivo que ha generado el inconsecuente, errático y exaltado proceder de mi persona.

Pitidos y chasquidos inundan mis oídos y me arañan el interior del cráneo, mi visión se deforma y todo se dispersa con una intensa luminosidad para acabar concentrándose en nítidos y cambiantes, casi psicodélicos, destellos negros sobre planos blancos y viceversa. Esto sucede en un tiempo ínfimo, pues en seguida desaparecen las imágenes con un cegador estallido que se contrae rápidamente en un punto, el cual muere casi al instante. Fugazmente, diviso un demacrado y barbudo rostro reflejado en un marronáceo espejo. Cobijo mi propio hedor y siento de manera recalcitrante, absorbo en mi pánico, que difusas sombras merodean a mi alrededor; emiten sonidos que me recuerdan a palabras, pero, paulatinamente, los bisbiseos descienden de volumen hasta que desaparecen, y la oscuridad se expande, ya definitiva. (¿Quedará esto registrado? ¿De qué modo se detallará? ¿Y a partir de dónde?) En este instante de lucidez, sé con toda perfección lo que he hecho y dónde estoy. Maldigo internamente mi estupidez: demasiado tarde, demasiado

tarde... Mis párpados se cierran y los ojos que han cubierto irrumpen en la eternidad de la nada.

sorprendente

rrelatodeumorprosopopeyainkluidakesettransformaenalgokasimetafisiko

noselokesignifika noloespezifika estaenalgunsitiokenoesunsitio

tendreproblemasalaoraderredaktarelinforme mejordejardepensariposegir

PINCELADAS

El corrillo de muchachos desvió durante un instante su atenta mirada puesta en el videojuego para observar la entrada del loco en el local. El único que no apartó la vista de la pantalla fue el chico que estaba librando su batalla contra la máquina, concentrado en despedazar enemigos.

El loco se dirigió hacia la barra y, tras apoyar su palma derecha sobre ella, pidió un cortado. El camarero lo atendió con tardía desgana, pues estaba enzarzado en una acalorada discusión sobre política con un cliente habitual del bar.

El loco recogió su pedido cuando fue servido y se encaminó hacia una mesa desocupada, situada ésta cerca de otra en la que había unos jóvenes de incipientes bigotes que estaban jugándose la paga mensual al póquer.

El loco sacó unos papeles que llevaba en una carpeta y dirigió sordas palabras al aire:

-Mirad, escuchad lo que he escrito. –Nadie le hizo caso, todos estaban ocupados en sus quehaceres lúdicos.

El loco comenzó a recitar las palabras que estaban impresas en el folio que había elegido:

SE CIERRAN

Oye, *nen*. La araña que ruge, que mata...; ¿te atrapa?

Sí, *nen*. ¡Cuidado! ¡Corre...! Igual es. No corras, no intentes...; inútil es.

Cambia el mundo, o mejor decir que cambias tú.

Atrás dejaste a la araña.

Tumbado bajo la noche contemplas los oscuros puntos de luz. Inmediatamente dejan de interesarte y giras la cabeza hacia el lugar que ha instigado a tu curiosidad. Sí; sé que soy impresionante. Todos piensan igual una vez me han localizado.

En tu mente irrumpe, volátil y oscuro, un trozo de pensamiento: te comunica que quizás sobrepasaste límites en las precedentes horas de ingesta. Asustado, intentas derivar hacia otra situación. Pero no podrás, son intentos baldíos; y ya siempre me encontrarás. Soy real.

Tomaste demasiado y lo hiciste consciente de ello; así que tú tienes la culpa y no yo... ¿Qué me reprochas?

Te arrepientes ahora que se te cierran. ¿Verdad que sí, *nen*? Je, je, je... Demasiado tarde: las puertas del mundo se cierran.

-¿Os ha gustado? –preguntó el loco, a la nada.

-¿No? –volvió a preguntar cuando nadie le respondió.

-Es bueno, es bueno –reinició su monólogo-. A mí me gusta. Me costó mucho escribirlo y lo creo merecedor de ser escuchado. O leído... –

Sus palabras volvieron a quedar enclaustradas en la pared de pasotismo que le circundaba.

Tomó un sorbo de cortado y, con excesivo cuidado, colocó la taza sobre el platito. Removió entre sus papeles y sacó, sonriente, otro folio.

-Escuchad éste. Es bueno, realmente bueno. Indicaré que se debe hacer caso omiso a la redundancia del “puño cerrado”, pues por definición todos los puños se mantienen cerrados... No se me escucha... Lo sé. –Como si de repente se le olvidara su amarga queja, comenzó a declamar, indiferente, como siempre, ante la indiferencia:

POLVO GRIS EN PUÑO CERRADO

El persistente viento emitía un agónico silbido en la cima del acantilado.

El hombre ascendía con ligereza la colina -lo hacía por una pendiente que no daba al mar, sino a tierra-, a través de un estrecho sendero infestado de irregulares escalones pedregosos. Peldaños que debido a la humedad, la pinaza aglomerada sobre las piedras y el errático paso del individuo, le hacían objeto de constantes caídas.

Me di cuenta que el hombre, siempre que caía y se veía forzado a amortiguar el impacto con ambas manos, mantenía su izquierda en puño aun a costa de desollarse los nudillos. A menudo, se soplaba la excoriada piel del puño con la clara intención de encontrar cierto alivio, sin nunca detener su ligero y atolondrado ascenso, conduciéndole esta obstinada actitud a nuevas caídas que hubiera podido evitar con un paso más sosegado y atento.

Por fin, alcanzó la cúspide. Su escaso pero largo cabello se agitó ante el virulento aire que allí reinaba.

Viéndolo de cerca, tuve que rectificar mi impresión primera, la cual consistió en pensar que se trataba de un borracho caminando al azar, perdido, perseguido por secretos fantasmas que sus excesos étlicos pudieran haber creado. No era así, borracho no estaba

El hombre se encaminó al precipicio que daba al mar. Cruzó ante mi improvisado escondrijo y pude observar con toda comodidad al personaje: poseía unas facciones irregulares aunque no desagradables; sus músculos estaban contraídos, como presto al ataque. Había miedo en aquel hombre -miedo hacia algo imperceptible para mí-, y eso me motivaba a ocultarme, a no mostrarle mi presencia, bien encogido detrás de los matorrales desde donde lo espiaba.

Se dirigió hacia un pino que crecía al borde del precipicio y, abrazando con su brazo derecho el estrecho tronco del joven árbol, asomó medio cuerpo al vacío. Abajo las olas bramaban cuando golpeaban furiosamente contra el molesto corte de roca que con tanta terquedad se les oponía.

El simple gesto de contemplar la base del acantilado pareció diluir los temores del individuo; ahora se le podía apreciar una expresión casi beatífica, como si el supuesto ente del que parecía huir hubiese cesado en sus intentos por atraparlo.

Se retiró del peligroso lugar en que se hallaba, dando un par de pasos hacia atrás; cerró los ojos durante un instante, y a continuación,

giró su cabeza hacia ambos lados, mirando cómo las copas de los pinos se doblaban, en su intento de oponerse al fatigoso viento que no cesaba.

De repente, el hombre realizó una acción tan incongruente que me hizo respingar: desafiando sus ojos al mar, estiró hacia delante su siempre cerrado puño izquierdo a la altura del hombro y giró su antebrazo con la intención de que la palma de la mano quedase sosteniendo el cielo, y a la subyugante ingravidez de un sol mortecino, decadente. El viento comenzó a silbar de un modo horrible, y sus cabellos y su ropa comenzaron a desbandarse al compás de semejante furia.

El individuo abrió la mano y no pude en principio observar que en ella hubiese algo; pero..., sí, un difuminado polvo gris surgía de ella... Alguna cosa no me encajaba..., hasta que pude discernir que la mano se estaba deshaciendo.

Aterrorizado, tiré la bolsa con caracoles que llevaba conmigo y salí corriendo. Caí y caí, tropecé y volví a caer, pero me levantaba con demoníaca obstinación y seguía huyendo. Una vez abajo, no pude evitar echar un vistazo hacia la cúspide: no había nadie; sólo una voluta de polvo gris se agitó, formando un leve y fugaz remolino ante el último suspiro del horrible viento.

-Éste es mejor, ¿eh? –dijo el loco. Cogió la taza y sorbió del cortado, se enjuagó la boca con el líquido ingerido y acto seguido, se lo tragó.

-Sí, me ha gustado –corroboró un timbre de voz femenino.

El loco se giró sorprendido hacia donde había surgido la voz.

-¿Has estado escuchando? –preguntó.

-Claro que he escuchado. Es un cuento muy bonito.

-¿Quieres que te lea otro? –se entusiasmó el loco. Se volvió de cara a la mesa, removió entre los papeles y sacó otro folio.

-Éste es muy corto; casi un poema. Me parece fascinante la sensación caótica que desprende –comentó antes de apoyar los codos sobre la mesa y dar comienzo a su lectura:

GATOS DE METAL

Son los gatos de metal; despiden fuego por sus rendijas, intentando defenderse del claustro de voracidad implicada en el proceso de fabricación.

No tienen paz, no tienen paz y jamás la hallarán.

Caminan, caminan. Las brasas hirvientes, rojo que degenera a fundido grisáceo, señalan su paso, pero no hay quien los recoja: sin piedad de matriz instintiva, biológica. Y así son castigados por ello, indicándoles la futilidad de su existencia... El principio del fin.

La actitud del loco fue más enérgica que las veces anteriores. Había recitado con voz esperanzada por creer que alguien se interesaba por él y por su obra. Craso error el suyo, porque cuando se giró, a nadie tenía detrás.

Desconcertado, se levantó del asiento y se dirigió hacia uno de los muchachos que jugaban al póquer.

-¿Dónde está? –le preguntó, estirándole de la manga.

El joven miró al loco, molesto y algo furioso por haber sido interrumpido, preguntando a su vez:

-¿Quién?

-La chica, la chica que estaba ahí de pie –respondió el loco, señalando el lugar.

-Aquí no ha entrado ninguna chica –dijo el muchacho, secamente. Se volvió hacia la mesa, presto a repartir las cartas, pues era su turno de hacerlo, pero el loco lo interrumpió otra vez, insatisfecho y desconcertado, estirándole de nuevo de la manga. El chico, que era casi un palmo más alto que su interlocutor, se levantó irritado, haciendo rechinar, al desplazarla bruscamente sobre el suelo, la silla en la que estaba sentado.

-¡Mira, chiflado de los cojones... O me dejas en paz o te pego un sopapo que vas a tener que comer sólo puré el resto de tu vida, y con pajita! –amenazó, mientras iniciaba el gesto canalla sobre el loco.

El brazo de un compañero sujetó el suyo.

-Vamos, vamos, cálmate. ¿No ves que es un pobre desgraciado? – El apaciguador se volvió hacia el loco:- ¡Y tú lárgate con tus cuentos a otra parte! ¿No te das cuenta que tus historias nos interesan lo que una puñetera mierda?

-Son bonitos fragmentos de la imaginación –respondió ofendido el loco-. ¿No habéis sentido alguna vez la necesidad de narrar algo..., lo que sea? A mí me ocurre eso. Quizás no sea bueno inventando historias; quizás sean muy cortas porque no sé extenderme más en ellas, pero me gustan precisamente por eso, por su brevedad. Son como pinceladas,

pinceladas escritas, trozos de visiones, retazos de pensamientos que no acaban de definirse...; pero hay belleza, son bellas formas inconcretas que tratan sobre la esencia de las cosas, de la vida... Puede parecer extraño, pero todo eso existe entre nosotros. Existe, existe...

Callando de repente, se dirigió hacia la mesa que había ocupado, recogió los papeles esparcidos sobre ella, y seguidamente recorrió el corto trecho que lo separaba de la barra, para pagar la consumición.

El loco atravesó el umbral de la puerta del bar. Nadie pudo ver las furtivas lágrimas que resbalaron sobre su cara, mojando, sucinta y estérilmente, el sucio empedrado de la acera.

estabiensinmaskomentarios beamoselsiguiente

DE CAZA

Es hermosísimo. Corre cimbreando sus cuartos traseros con la sutil elegancia de haber nacido para ello. Remonta el estrecho sendero, formado por el continuo tránsito de los animales que habitan en la zona.

No quiero dejarlo escapar, será un trofeo más, que adornará el bello salón de mi hogar.

Apunto con el rifle. Su tórax centra la atención de mi punto de mira. ¡Ya lo tengo! Mi dedo se encoge contra el gatillo y... Escucho la detonación, detonación que no procede de mi fusil.

Siento mareos, náuseas, y un insólito dolor invade mi cuerpo. Asombrado, miro hacia abajo; un rojo clavel crece en mi pecho.

Caigo, débil, herido de muerte. Un siniestro chasquido se produce cuando mi cráneo golpea contra el duro suelo.

Desde ahí, en el suelo, atisbo (antes de sumirme en las sombras del sueño eterno) cuatro protuberancias que difuminan el cielo y, algo más abajo (supongo, porque mi perspectiva es ortodácea), dos extraños rostros con prominencias negras en su parte inferior, a las que una leve y uniforme capa de transparente mucosidad humedece.

Mis ojos dejan de ver pero aún puedo escuchar, de manera anómala: como si los sonidos fuesen lejanos ecos diluidos por la alternancia que otorga la muerte a la vida.

-Un buen trofeo para el salón de casa. (Bis.)

-Y conseguido en un momento oportuno. El muy estúpido quería obtener la criatura. Afortunadamente, llegamos a tiempo, llegamos a tiempo, llegamos a tiem...

kambioderregistro laprosavezesalkanzanibelespoetikos sigamos

PESADILLA DEL MISÓGINO

CAPÍTULO 1

La vida ociosa y deforme, en su concepto de realidad, no era un handicap para José Etere. A sus veinte años poco le importaban los problemas del mundo; él era rico y pensaba que tenía todo el derecho de disfrutar de su fortuna; y si alguien pasaba hambre..., pues que se jodiese, que sus padres no hubieran pegado el polvo.

Buena persona, José Etere.

En una tarde cualquiera, de un momento temporal impreciso, José paseaba por las Ramblas de Barcelona y se encontró con una vieja amiga, conocida desde sus clases de primaria, allá en los Salesianos de Sarrià.

-Prímula, qué gusto verte –comentó un poco exaltado, mientras acto seguido se saludaban masturbándose mutuamente.

“¡Ah, ahh, a aaahhh”, gimieron ambos al unísono.

-Desde luego que ha sido un gustazo encontrarte –dijo ella, poniéndose las bragas tras acabar la faena.

-Nuestros saludos siempre fueron los más famosos del colegio – respondió él, mientras sacaba un pañuelo y se limpiaba los restos de esperma que le quedaron en el glande. Olisqueó la prenda durante un rato y después la guardó en el bolsillo del pantalón.

Prímula y José pasaron toda aquella tarde, y su consiguiente noche, recordando viejos tiempos y recuperando los nuevos, en los que no se habían visto. Jodieron y jodieron hasta el amanecer. Para estar a la altura que le exigía ella, José recurrió a afrodisíacos no habituales y no la defraudó.

CAPÍTULO 2

Tras el encuentro con Prímula, los días transcurrieron anárquicos e indecisos para José Etere. Pensó que no sería mala idea pasar una temporada de reflexión y hermanamiento interior en su palacete de La Clota, allá en Begues.

Los esclavos ya habían sido informados previamente de su llegada, así que al descender del helicóptero se encontró con una hermosa alfombra de flores naturales bajo sus pies, y con una banda de música formada por preciosas adolescentes desnudas, con las piernas abiertas en compás para que fuese inevitable que mostrasen los depilados pubis y sus húmedas vaginas, dichas por acoger el pene de su amo a la menor insinuación de éste.

-Gracias, gracias... –dijo José, llorando de emoción por el cálido recibimiento, mientras mataba de un disparo a un esclavo que no sonreía ante su presencia.

José entró en el palacete y soltó en el suelo la enorme bolsa con regalos que traía consigo para los aproximadamente doscientos niños con edades comprendidas entre los cero y cinco años que lo aguardaban alegres y expectantes: hijos suyos no reconocidos legalmente, ya que eran el fruto de sus amoríos con las esclavas.

-Os quiero, os quiero sin límites –dijo José acariciando a los chiquillos que se apelotonaban a su alrededor, mientras evaluaba con experta mirada a los más gorditos, intentando concretar cuál de ellos sería el más adecuado para la cena de esa misma noche.

José pasó dos años de su vida en el interior de la lujosa y enorme mansión. Practicó artes orientales de relajación, hizo deporte y se convirtió, en definitiva, en una mejor persona: adulto y responsable de sus actos.

Un buen día, decidió que debía realizar a pie un viaje iniciático por Cataluña.

José llenó una mochila y se fue...

CAPÍTULO 3

El calor levantaba ampollas en los sudorosos pies de José Etere. Resbaló por una peligrosa vereda de fuerte pendiente, llena de guijarros traicioneros, y no acabó de bajarla rodando por puro milagro. Llegó al final de la cuesta y se encontró con que el camino se bifurcaba en direcciones opuestas. Caviló durante un buen rato respecto a cuál de ellos tomar: sabía que el sendero de la izquierda finalizaba en Sitges (buen sitio, y localidad que pensaba visitar), pero le intrigaba la senda que derivaba hacia la derecha, ya que no aparecía en sus detallados planos ni en los otros instrumentos para orientarse que poseía.

Aún es pronto, pensó José Etere, podría recorrer un par de kilómetros y atisbar, más o menos, hacia dónde se dirige.

Así lo hizo José Etere.

Perdición para José Etere.

CAPÍTULO 4

En el cartel estaba escrito lo siguiente:

MUJER:

CONJUNTO DE ORIFICIOS

PRESTOS A SER PERFORADOS

POR EL PENE HUMANO. (O por cualquier objeto de forma preferentemente cilíndrica.)

El sucio epígrafe, raído por el paso del tiempo y sus consecuentes variabilidades climáticas, desconcertó bastante a José Etere. No comprendía el motivo de colocar una frase así en semejante lugar. ¡Si la hubiese visto en un puticlub, aún!; pero ahí, en un descampado, carecía por completo de sentido.

Un jaleo de motores lo sacó de su ensimismamiento. Volvió la cabeza hacia la procedencia del sonido, y en seguida pudo ver a las recién llegadas.

Intrigado, José contempló a las mujeres. Eran muy extrañas: tenían multitud de orificios vaginales y anales diseminados arbitrariamente por sus desnudos cuerpos.

-Eres un sacrílego –dijo la que cabalgaba la motocicleta más grande.

Los estampidos y gruesos ronroneos que las máquinas emitían fueron disminuyendo paulatinamente, hasta que cesaron al quedar todas desconectadas.

A José le pareció que quien le había hablado era la jefa del grupo.

-Sacrílego, ¿por qué? No he hecho nada –le respondió, echándose a temblar ante lo que preveía que se le venía encima.

-Has profanado con tu sola presencia lugar sagrado –dijo como explicación la mujer. Pronunció la frase con dificultades debido a que un ano situado entre el labio superior y la nariz, excretó un zurullo justo cuando estaba hablando-. Hummm. Divino –comentó tras saborear una porción del susodicho, que atrapó con su labio inferior.

Un tenso silencio (sólo interrumpido por algún ocasional pedo) inundó a los personajes.

José sabía que debía escapar, como fuese, de aquella situación en que se veía inmerso, pero la vigilancia a que lo sometían las hembras multigrietas resultaba ser muy rígida, de funcionario de penitenciaría para convictos a pena de muerte.

Sin pensarlo más, realizó lo único posible en tal situación: soltó la mochila a la vez que empezó a correr. Atravesó el permeable cerco que formaban sus captoras y se metió entre la maleza.

-¡Rodead la zona! –escuchó José, y aceleró el paso. Sentía los pulmones y el corazón a punto de estallarles, percibía que múltiples rozaduras contra las ramas de los arbustos flagelaban su piel; pero debía correr, le iba la vida en ello.

José se detuvo de repente, en seco: un profundo barranco le impedía continuar con su desesperada fuga. Miró detrás suyo y su anhelo de salvarse impactó contra la evidencia: las amazonas coladero lo habían localizado y se dirigían hacia él.

José Etere iba a pagar cara la tremenda y suicida osadía de explorar Cataluña a solas y sin ningún tipo de prevención.

CAPÍTULO 5

La cuesta le producía cansancio. A vista de pájaro la carretera parecía una delgada y sinuosa serpiente que se perdía en el infinito. José, más desesperanzado que cansado, desmontó de la bicicleta y atisbó hacia lo alto. El paisaje que observó le produjo inquietud y desasosiego: estaba justo en la mitad del ascenso a una enorme, escarpada y sombría montaña. Nubes oscuras y amenazadoras eran dueñas del cielo.

Resignado, volvió a cabalgar el biciclo y comenzó a pedalear sin convicción. Tenía que alcanzar la cúspide sin saber la exacta razón de ello. Pedaleó y pedaleó hasta llegar a la cima. Allí, descendió de la bicicleta y corrió al encuentro de un reguero de agua que surgía de un caño metálico, oxidado y lleno de musgo, incrustado entre húmedas rocas. Ya en la fuente, se agachó y bebió, alejando así el asedio de la sed. Revitalizado, decidió dar un paseo por los alrededores. Vio una edificación y se aproximó a ella para curiosear. Constató que se trataba de un viejo refugio de montaña construido con piedras, semiderruido y rodeado de maleza. Casi oculto entre la vegetación, había un estrecho orificio de entrada. Iba a dirigirse a él para inspeccionar el interior del refugio, cuando justo en ese instante un rayo de luz impactó de pleno en su cara y lo cegó.

-¿Sigue inconsciente? –dijo una voz.

-No sé, pero parece que parpadea –respondió otra voz.

-Puede estar en fase rem –intentó dilucidar una tercera voz.

José se había despertado y su frente comenzó a destilar un sudor con ligero tufillo a cobarde. Haciéndose el dormido, inspiró en silencio profundamente y agudizó los oídos, en intento de captar lo máximo posible de la conversación que mantenían al menos tres personas situadas a su alrededor. No sabía qué había sucedido para encontrarse en un lugar desconocido, pero era consciente de que había estado dormido y que durante ese período de reposo había tenido sueños más que socarrones. Las voces se hicieron más diáfanas y escuchó:

-El ataque de hipoglucemia ha sido considerable... (Y entonces sí; recordó que era diabético y que allá, mientras permanecía en su trabajo, en la garita desde la cual custodiaba una barrera, sintió que se desmayaba sin tener siquiera tiempo de sacar del bolsillo uno de los sobres de azúcar que siempre llevaba consigo por precaución.) ...por suerte, uno de los camioneros que depositan la basura en el vertedero llegó justo en ese momento; como es de suponer, se extrañó del porqué de impedirle el paso, por lo que se le ocurrió echar un vistazo y encontró a nuestro paciente inconsciente sobre su butaca... De inmediato cogió el teléfono y nos avisó.

-¿Por qué nos explica lo que ya sabemos? –replicó otra persona.

-Lo hago para que él mismo se entere de lo ocurrido, porque, aunque disimule, me he dado cuenta de que ha despertado.

José, sabiéndose descubierto, abrió los ojos y, cuando sus pupilas se adaptaron a la luz demacrada de la habitación, constató que, en efecto, eran tres los individuos que conversaban: una mujer y dos hombres.

El más alto se le acercó y empezó a auscultarlo.

-¿Se encuentra usted bien? Ha permanecido varias horas inconsciente. Incluso ha habido un momento en que hemos pensado que se nos iba.

-Sí; me siento estupendamente. Peor ha sido lo del precipicio...; y esas mujeres.

-Habrá sido un mal sueño. Pero no se preocupe, aquí está del todo seguro –resolvió tras dejar de examinarlo-. Escúcheme con atención: nos hemos reunido en pequeña asamblea médica. Nuestra conclusión ha sido que deben realizarse los trámites para que se le otorgue una pensión de incapacidad permanente. Con su enfermedad, a la que hay que añadir ciertos trastornos que derivan de ella, como una leve insuficiencia renal, por citar el más grave, y sus cincuenta y ocho años de edad, creemos que lo mejor para usted es que se jubile... ¿Vive solo?

-No. Mis dos hijos ya están casados, pero no estoy separado de mi mujer.

-Estupendo. Con lo que usted tiene, siempre es bueno contar con alguien al lado. ¿Quiere que la llamemos? Debido a que su trabajo es en solitario, es posible que ella aún no se haya enterado del ingreso; y si es así, no tardará en comenzar a preocuparse al no verlo regresar. Lleva rato aquí, José, y supongo que su jornada laboral acabó hace tiempo.

-Si no les importa, pueden darme de alta. Me encuentro con ánimos para coger un taxi que me lleve a casa.

-Con toda la tranquilidad del mundo. Está usted estabilizado.

Cuando marcharon, José pensó que ya no rondaba la veintena de años, ni era rico ni excéntrico; pero una nueva posibilidad existencial se

le abría en la auténtica realidad –a su manera, la pesadilla había sido un augurio-, y consideró que sin duda era más conveniente para él el hacer de crítico itinerante por las obras del sector de la construcción que se realizaban en su barriada, una vez jubilado, que no viajar al encuentro de mujeres extravagantes y deformes que se incrustaban en los ignotos recovecos de su mente.

nuebokambio esperpentokonfinalarraigadoenlarrealidad

GENERAR ALIMENTACIÓN DE OPORTUNIDADES

El hombre y la mujer estaban sentados a una mesa de camping, frente a frente. Ambos comían con fruición una ración de distintos tipos de embutidos, colocados en un plato situado en el centro de la mesa.

El sol caía a plomo y no existía ningún parapeto que les ofreciese alguna sombra donde resguardarse de él.

Como todo lo que se usa se gasta, les quedó sólo un trozo de grasienta mortadela en el fondo del recipiente.

Los ojos de ambas criaturas cruzaron una aviesa mirada ante la disyuntiva de quién sería el beneficiado en deglutir la última pieza del manjar.

-Debería comérmela yo –dijo el hombre-. La energía surge de mis entrañas y a ambos nos conviene que sea yo el mejor alimentado.

-Podemos sortearlo o partirlo por la mitad.

-¡No! –exclamó furibundo el individuo, golpeando fuertemente con sus puños sobre la mesa. El plato con la loncha de la discordia saltó por los aires y a punto estuvo de precipitarse en el polvoriento suelo.

La mujer, lejos de amedrentarse ante el irritado gesto de fuerza de él, se levantó de la silla y, sujetando con las manos los bordes de la frágil

mesa, arqueó la espalda hacia delante hasta que las puntas de sus respectivas narices casi toparon.

Surgían chispas de aquella confrontación de voluntades; ninguno cedía, ninguno desviaba la mirada. Al cabo de un ínfimo periodo de tiempo, pero interminable, habló ella:

-¡Eres tú quien ha creado esto! ¡Me ofreciste la vida y después dijiste que me alimentarías! Continúan las sucesiones tras la eclosión de singularidad; así que, como de momento no puedes mantener tu promesa, afirmo que el último resto de comida me pertenece.

Más calmada por haber expulsado la encarnizada diatriba, volvió a sentarse en la silla. El hombre quedó quieto, sin signos aparentes de reacción ante lo que parecía ser un argumentación sin fisuras, imposible de rebatir.

-La mortadela es para mí –finiquitó ella, consciente de haber triunfado. Cogió el embutido pinzándolo con el índice y el pulgar, lo alzó sobre su cara, y tirándolo al socavón que en aquellos momentos era su boca, lo deglutió entero, sin masticar.

El grosero gesto acabó por enfurecer más al hombre. Apartó violentamente la mesa; agarró a la mujer por su muñeca izquierda y, con un fuerte estirón que casi le descoyuntó el brazo, la lanzó al suelo. Una nube de polvo pronto se adhirió sobre la sudorosa piel de la hembra.

-¿Cómo puedes hacerme esto? –gritó él-. Soy tu creador: desperdiicé valiosa energía en conseguirte como compañera para que me ayudases en los momentos difíciles, para que me amases, incluso para que me idolatrases...; ¿y no me encuentro con que te quieres más a ti

misma que a cualquier otra cosa, aun sabiendo que morirás si no soy yo quien aglutine el máximo de energía?

>>¡No mereces vivir, no mereces vivir!... ¡Te fornicaré y expirarás mientras te lo hago!

Dicho esto, se abalanzó sobre ella. Los cuerpos desnudos forcejearon bajo el sol; uno queriendo poseer, el otro intentando no ser poseído para no perecer en el proceso.

Venció el hombre. Invadió con su erecta y descomunal verga la entrepierna de ella y comenzó a dar vigorosos embates sobre el yacente cuerpo: su objeto de odio y placer.

Cuanta más tensión, cuanto más esfuerzo, menos remanencia vital –pensó él-. No nos resta demasiado tiempo: excesivo desgaste.

Sorprendente certeza en su pequeña elucubración, porque de inmediato un leve gruñido surgió de la boca de la mujer, seguido de líquidos internos. El hombre notó que el organismo que aún estaba poseyendo se iba desinflando, como si de un neumático pinchado se tratase. Se separó de ella y contempló con cierta impotente furia el proceso de descomposición, sabedor de que pronto le tocaría a él correr la misma suerte.

-Hola.

El individuo miró detrás suyo y distinguió como se aproximaba al lugar de la acampada una mujer muy parecida a la anterior, la cual –la primigenia- se había volatilizado por completo. Se detuvo la desconocida cuando alcanzó la mesa, la puso en pie y depositó en su lisa superficie la bandeja repleta de embutidos que hasta ese instante había portado en la

mano. El hombre comenzó a comer con inusitada brutalidad. Una vez satisfecho, preguntó:

-¿Qué ha ocurrido? ¿Quién eres tú?

-El principio de la consecución. Todo ocurrió, y se debe llegar a alguna parte, a pesar nuestro.

-En suma: era inevitable que se creara una mujer. Espero que seas más dócil y cariñosa que la anterior... Te adjudicaré un nombre.

-Ya lo tengo. Ven; demos un paseo por estos maravillosos parajes... Por cierto, ¿sabías que muchas de estas plantas también nos pueden ofrecer alimentos?

estilokasidentikoalanterior

mismaepokaensudesarroyoebolutibokomokriaturakreadora

¿EL AUTOR?

Míralo; ahí llega. La verdad es que me da un poco de pena. Cómo nos reíamos los compañeros y yo; no nos lo podíamos creer. Parece mentira que haya gente capaz de hacer cualquier cosa para destacar del resto. Aunque así es la vida. Pero aquello...

Su cara...; como la de un niño. Debe de sentirse muy solo, el pobre.

-¡Qué tal! Siéntate, no te quedes de pie, hombre. Coge esa silla, si quieres.

Qué costosos son sus movimientos: siempre constreñido, torpe, con miedo. ¿Por qué mantiene su palabra de que el escrito es ficción? No puede engañarnos; ya nos hemos enterado: las voces corren. Aunque es extraño, porque se dice que él también lo sabe; y si es así, siempre tuvo presente que nosotros tarde o temprano nos enteraríamos. Ignoro sus motivos, pero todo es adrede, y sin embargo lo niega. Cuando el otro día intenté sonsacarle, a lo máximo que pude aspirar fue: “Sí; es una gran verdad radicada en la mentira de los sicofantes”. Muy enigmático. No comprendí nada en absoluto. Si pretende mantenernos en vilo y excitados, lo ha conseguido.

-Te esperaba más pronto.

-Es que tardé en leer las fotocopias que me diste, las de la entrevista que le hicieron a esa escritora, tan en boga ahora. Al principio pensé que tu insistencia en que la leyera se debía a las coincidencias entre el protagonista de mi relato con el de su novela. Pero, claro, después comprendí. Muy aguda. Y un poquito retorcida, por qué no decirlo.

-No te habrás enfadado, ¿no?

-Por supuesto que no. Sólo pude sonreír. Aunque para llegar al fondo de la cuestión, te diré, si eso piensas, que yo nunca sería feliz -tómame esto último como un subrayado-, y por lo tanto, el implícito consejo no sirve para mí. También te recuerdo que, te inspires o no en tu vida cuando escribes, siempre se colocan y se utilizan las palabras y los significados que uno quiere, con lo cual el sentido final de una obra difiere de la evidencia aparente. Yo no soy tan sincero ni tan tonto: sucede que he creado algo así como una verdad por exceso con la intención de ejercer una praxis interna con vosotros como referencia. No, no me mires así; mis ínfulas literarias persisten: ya lo estás viendo. (Lo ves, ¿verdad?) Toma, léeme este párrafo. Aquí.

Ahora sí que estoy confundida. ¿Admite por fin que todo es a propósito? Sin embargo, no cesa en el empeño de buscar disculpas. Si pretendiese generar situaciones para transcribirlas en un libro, lo entendería mejor. No parece ir por ahí. ¿O sí? A ver qué pone. Y que lo lea en voz alta, encima:

-Te equivocarás: la intención de encontrar la verdad en una obra de ficción es casi execrable, pues el trasfondo siempre resulta subjetivo.

Considera que en una gran mentira se puede dilucidar alguna cosa que sea cierta; pero tampoco es menos cierto el hecho de que en lo riguroso y exacto siempre coexisten fallas en los cimientos, posibles sofismas literarios que aboquen a la pretendida verdad en una falsedad.

>>Se parece a lo que acabas de explicarme. No sé qué decir...

-No digas nada. Coge esto que te doy. Es un relato en el que apareces tú como protagonista. Puedes quedártelo como obra tuya, porque en realidad ha sido escrito por ti: aquí y ahora.

-Por favor; eso nunca...

-No, no. Es tuyo; de verdad. Adiós.

-¡Per...! Adiós, hombre, adiós.

Lo dejaré aquí. A ver estos muchachos qué quieren.

-¿Puede hacerme fotocopias de estas páginas, señora?

-Claro que sí. Dame. Hum... Este libro te lo puedes llevar a casa, si quieres. ¿Ves que no hay sello que indique que sea para usarlo exclusivamente en el interior de la biblioteca? ¿Qué haces, te lo llevas o...?

-Pues se viene conmigo entonces.

-Dile a mi compañera que haga el registro de salida del ejemplar...

¿Vosotros vais con él? ¿Sí? Pues venga; hasta otra.

Sólo busca excusas. ¿Qué tendrá que ver esta exposición que acaba de endosarme con lo otro?...

No sería mal asunto desempolvar las teclas del ordenador y escribir un relato. Algo que sea breve, claro. Aunque ahora no tengo ni pizca de tiempo... Pero si tan corto va a resultar... Me ha picado con el gusanillo,

el tío este... Mira por donde, me viene una idea ¡Yo; sí! ¡Yo..., una idea!
¡Yo...! ¡Hay que ver...! ¡Casi es para celebrarlo! Vamos que sí: voy a
escribir lo que hemos comentado hoy este chico y yo.

karezedeasideros komosifueseunapiezadeunengranajemasbasto

A TROZOS

Qué cima. ¡Qué cima tan alta y estrecha! No puedo bajar de ella para igualarme: siento el vértigo del extrañamiento. Tendré que conformarme, otear a la búsqueda de mis pares.

El siseante sonido del viento me marea, y conmina a heñir mi diacronía en el subterráneo, allí donde el crisol lame la amalgama de lo que fui, pretendiendo proceder con novedades cuando ya todo es historia.

La melodía es reciente eco indigente y la nave tiembla presintiendo la proximidad de su olvido, transformada en polvo de tiempo.

Alguien dijo que siempre se levantaría, pese a los muchos empujones que recibía. Permanece el ritmo yermo de la cenestesia. Viran hacia un destino incierto las palabras, y a causa de ello, se produce la derrota definitiva de semejante criatura: precio que debe pagarse para apaciguar la conciencia ante todo tipo de pecados, o errores, cometidos o no.

Cosiendo retales se llega a hacer un vestido. Cosed esto, si podéis, pero os aseguro que ni el vislumbre de un ser humano encontraréis.

eskritosmasoskuroseintrospektibosamedidakeabanzo
¿unlamentoazialgobibidokeadejadosekuelas? defínepokoelteksto

AUSENCIA INCONCRETA

He soñado. Estoy despierto pero he soñado. Estoy soñando, me parece. Creí, en el sueño, que me hallaba en comunicación con los muertos y que lo único que me diferenciaba de ellos era que yo estaba vivo. Ellos carecían de voz y de presencia, y yo me desgastaba y oxidaba. Sí, vacío y vacío, esqueleto me desgastaba; crujía yo, falto de sinovia, e intentaba remediar la ausencia de carne y vísceras pegándome trozos desgajados de melocotón en enero.

LA BATALLA

Escapa, quebrada esfera. Vuelo nocturno, gruñidos insatisfechos. Abjuro sucio de su maldita esencia. Algo diluido allí donde la luz se esconde; anfractuoso placer palpa óbito del alma.

Crece el monstruo destilado de desamparadas ilusiones, y vano se dirige contra que todo lo abarca. Silencio responde ante nunca jamás.

Deriva la batiente tempestad con correoso siseo, en aras de capturar respuesta.

Temperamento indulgente aguarda besos en cruz. ¡Él lo dijo! ¡Él lo dijo! ¡No responde! ¡No responde...! ¡Detente, tempestad!

LA LLEGADA

Se llenaron de crisálidas sus fauces de redes ignotas y cromadas que capturaban peces de plata en embrión.

Irisado, el calamar tiño de púrpura su escape entre sabores y olores, de sal y yodo.

El ojo cruel permaneció. Palpó la masa informe y caótica de la vida hasta querer experimentarla. Desnudo, descendió: aguijón genético entre humedales. Y otro pez nació, plasmado en oráculos, colgado de cuellos sostenedores de nuestras permanentes creencias.

El meteoro se estrelló sordo; y azul permutó la noche, orlando unas colinas.

LA RESOLUCIÓN

La puta vieja esta me tiene hasta los cojones. Tiempo atrás la maté porque me pidió dinero prestado, y ahora la tengo aquí de nuevo, en mi buhardilla. Acabo de realizar idéntica “gestión”, pero he variado el modo: asfixia por exceso de presión de la almohada contra sus vías respiratorias externas.

No importa el método para quitarle la vida; la cuestión es deshacerse del cuerpo. Arrastraré el cadáver sujetándolo por los pies para que la cabeza haga cloc cloc cuando tropiece con algún mueble, o con los marcos de las puertas..., como en la novela.

La puñetera vieja... El miasma no es fuerte. Espero poderla sacar -y que no regrese-, si no, el olor no me dejará vivir a gusto, por mucho ambientador que utilice. Pesa bastante y sus tobillos escamosos y arrugados se me resbalan de las manos, humedecidos por la putrescencia.

No importa: puedo comprobar que lo conseguiré, pese a lo dificultoso que resulta.

Ya queda menos. Ascensor... Pocos pisos, con este ruido.

-¿Te ayudo, vecino? Ya cojo yo por los sobacos... ¿No es ésta la misma de la otra vez?

-Sí. Es perseverante.

-¿Y por qué viejas?

-Si fuesen jóvenes se lo prestaría.

-¿El qué?...

-¿No lo sabes? Cada dos meses más o menos sube una vieja para pedirme dinero.

-Y a todas las matas.

-Sí. Pero nunca vuelven. No como esta pes...

-Llegamos, llegamos... Coge, coge que abro yo... ¡Aúpa! ¡Uff... Por fin!... Cuando llegue a casa me lavaré las manos.

-Yo me masturbaré.

-¿Con la hedentina?

-Con los pies en el estribo, a las puertas de la muerte me despido. Cosas de los clásicos. Mirando al fondo de la cuestión, siempre nos topamos con el deceso.

-No te preocupes; sabes que algún día todos nos iremos..., si es que ya de por sí no lo hemos hecho.

-¿Qué más da morir que vivir...?

-Sí. Y reza para que no te vuelva la vieja.

-Invocaré besos en cruz.

-La tempestad no se detuvo.

-No; porque fuimos tontos. Es irremediable que regresen las viejas; y tendré que matarlas hasta que no quede primavera.

-Pobrecillas; me dan pena.

-Recuerda que la pena nos la robaron con todo lo demás.

-Nihilismo fue usurpador; ya nada importa... Pobres viejas... Sus rostros arrugados y bondadosos... ¿Por qué este fin? ¿Por qué tú?

-Fui cobarde... ¡Dejémoslo ya! Vamos; te invito.

-Está bien. Pero me lavaré las manos, ¿eh?

Y caminaré un rato contigo, y beberemos.

Y mataré viejas cuando vuelvan a pedirme dinero, y llegará el instante en que de esta última sólo tiraré al contenedor un frasquito con polvo.

Y pasarán días en este mundo vacío en los que una sensación de plenitud me embargue, y se concretará la causalidad en que la tempestad sea también barrida por el ente de la futilidad y el absurdo y todo quede en unos simples besos en cruz, para desespero de la desesperación.

Todo se forjará..., si no lo ha hecho ya.

Me apetece vino. Que me lo derrame el vecino por la porción de estaca que sobresalga de mi boca, una vez haya quedado empalado... Sentiré la sequedad de la madera a través de mi lengua soldada a ella, y entre mis dientes ahí clavados. Se hallará cuajada mi garganta de astillas, sangre y babas, entre restos de otros fluidos que intente yo sorber..., y así se plasmará otra desintegración..., hasta que el todo regrese y las palabras perezcan.

tenebroso estapersonasufredealgokenosepuedestablezer
esperokestaepokadedesalientomarcheprontoisebuelbamasoptimista

TREN HACIA EL SUR

Ya no soy yo, ahora son ellos: niños asomados en el borde del pequeño precipicio que corta la colina donde de muchachos solíamos contemplar los trenes que marchaban, con su lánguida longitud, hacia sus desconocidos destinos.

Dejé de mirar por la ventana y enfoqué el rostro de mi primo, sentado frente a mí. Con un leve alzamiento de cejas me indicó su deseo de ir al vagón con bar. Así lo hicimos, después de recorrer un estrecho, inestable y ruidoso pasillo.

El lugar se encontraba en aquel momento poco concurrido y pudimos acomodarnos a gusto. Pedimos unas cervezas, pese a que yo no tengo por costumbre tomar bebidas alcohólicas; pero la ocasión resultaba especial e incluso propicia.

Mientras mi primo entablaba conversación con un señor sentado a una mesa situada junto a la nuestra, yo comencé a pensar en el motivo por el que había resuelto emprender el viaje: fue una promesa que hice a mi madre, que a la postre resultó imposible de realizar con ella, puesto que se la comuniqué justo la noche en que falleció: “Mama, te juro que este año nos vamos a Andalucía, para que puedas volver a ver tu pueblo”. “No. Yo ya no podré ir. Hazlo tú, mi vida”, respondió fijando en mi cara

sus ojos mateados, de ausentes reflejos, tan muertos como a ella la encontraría por la mañana, rígida en su cama.

La experiencia debería marcar pautas para que pudiese precaverme ante cosas tales como mis acciones, mis gestos, mis deseos..., ya que este tipo de actitudes mías provocan en los demás la intención de exprimir mi enfermiza bondad: en todos deposito mi afabilidad; y se aprovechan...

La cuestión es que hizo acto de presencia un tipo grande, de dulce inspiración debido a su rostro de beatífica luna. Se colocó en un asiento muy próximo a los nuestros, después de pedir a otro pasajero un cojín. Este último era un señor pequeño que estaba acomodado justo en el rincón opuesto al nuestro, en la zona del vagón que daba a la máquina de tracción. Me extrañó que el enorme hombre de apariencia cordial hubiera entrado por el extremo contrario y se recorriera todo el vagón para pedir ese cojín específicamente, cuando semejantes objetos sobraban en ese momento; pero el señor pequeño no pareció ver nada anormal y con toda la amabilidad lo cogió y se lo entregó. Lo raro del acto me hizo pensar en que el recién llegado realizó algo similar a un marcaje territorial, como hacen los animales cuando depositan sus excrementos u orinan.

Me temo que la iniciativa de situarse en nuestras proximidades fue debida a que vio que yo manejaba bastante dinero, pues cuando hizo su aparición tenía en mis manos un buen fajo de billetes, pagando las consumiciones en la barra.

Pese al depredatorio gesto de imponer su presencia, resultaba innegable que parecía buena persona; coincidente yo con mi primo,

porque en acto confesional así me lo susurró él al oído, justo habiéndome sentado, después de colocar en la mesa otro par de cervezas.

Una vez instalado el individuo de noble rostro en la banqueta que escogió, casi cara a cara con el hombre con quien mi primo dialogaba, se sumó de inmediato en el grupo. No recuerdo si se nos presentó, aunque sí puedo decir que en seguida entablamos una relación, en apariencia, de auténtica amistad. Sus ojos de cordero degollado apenas se desviaban de mi persona.

Los cuatro comenzamos a beber y beber cervezas que yo me encargaba de pagar. (El contertulio inicial abandonó el vagón poco rato después, realizando una escueta despedida.)

En un momento determinado, el hombre grande de rostro de bondadosa luna propuso que jugáramos a los chinos. Yo me negué debido a que nunca me atrajo semejante pasatiempo, así que se enzarzaron mi primo y él hasta que se aburrieron.

Hay en mí una mancha que se desparrama a través de mi memoria, y esa obturación mental quizás no sean más que circunstancias de elementos vitales que jamás podrán egresar de mí, por extraños e inmanentes; y siento una comezón, un ardor escupido directo al fondo de profundos túneles sumidos en ruido de succión, que conserva la esencia de algo inextricable, incomprendible, o puede incluso que sagrado... No sé si me explico bien, aunque en definitiva vengo a referirme a que sentí melancolía de repente, porque volví a pensar en los motivos por los que había decidido emprender el viaje; motivos que sólo eran míos, puesto que mi primo venía como acompañante.

El bar se llenaba poco a poco de gente, a medida que se iba plasmando la noche. Ésta se consolidó poco después, y sólo algunas luces deprimidas y fantasmales se dejaban ver detrás de los cristales.

Mi primo cometió la indiscreción de comentar el motivo de nuestro viaje, y de inmediato las personas que se encontraban en nuestra cercanía decidieron que una muestra de semejante magnitud sentimental debía ser celebrada. Las rondas de cerveza corrieron por el vagónbar; a mi costa.

Ebria apoteosis cuando decidí irme a descansar a mi compartimiento. Antes de entrar en éste, fui al baño a orinar. Mientras en ello estaba, escuché que se abría la puerta –no había echado el cerrojo- y advertí la disculpada introducción en el habitáculo del hombre grande y bondadoso. Después de hacer cosas entre ambos llegué por fin a mi asiento e intenté dar una cabezadita para ver si me despejaba.

Estaba yo en duermevela cuando en la estación de Jaén el tren realizó una parada de un cuarto de hora. El bar del vehículo ya lo habían cerrado pero mis compañeros de viaje se sentían urgidos por continuar con la fiesta: justo cuando comenzaba a dormirme irrumpió mi primo, e importunándome sin compasión, me tiró de una manga y seguidamente me pidió dinero; la cantina de la estación de Jaén todavía estaba de servicio y querían comprar unas decenas de latas de cerveza. Yo, en mi embriaguez y semisueño, no tuve en cuenta el hecho de protestarle que si querían beber, ya iba siendo hora que pagase otra persona, así que le entregué el dinero. Acto seguido, con mi mente algo más despejada, descorrí la cortina que antes de recostarme había cerrado, y contemplé como la silueta de mi primo, difuminada por la luz artificial, atravesaba a

saltos el par o tres de andenes y las varias vías que lo separaban de su objetivo, para al cabo de pocos minutos volver con su carga. Ya él en el convoy, en una de las plataformas que dan a las puertas, reiniciaron su bacanal; y yo, desvelada del todo mi persona, me uní a ellos.

No paramos hasta que se nos agotó la bebida, en las cercanías de Sevilla, nuestro destino final. Ignoro cómo se encontraban los demás pero yo sentía una fuerte jaqueca, malestar estomacal y cierta sensación de sonambulismo debido a la prolongada ingestión de alcohol y a la falta de reposo. Cuando el tren ultimó su trayecto en Sevilla, al despuntar el alba, me di cuenta de que mi cuerpo y mi mente estaban casi a las últimas, de que me urgía un descanso; y en cambio no me resultaría posible llevarlo a cabo hasta que encontrásemos un hostel, por lo que no quedaba otro remedio que aguantar un poco más.

Unas tres horas tardamos mi primo y yo en alquilar los cuartos de una pensión, que previamente nos recomendó el hombre bondadoso, en el andén, mientras nos despedíamos de él.

Necesité guardar cama todo el día para recuperarme.

A la mañana siguiente fuimos a parar a la terminal de autocares, desde la cual el vehículo que realizaba el trayecto adecuado nos trasladó al pueblo donde nació mi madre.

Es un deber dejar de lado las pequeñas ruindades y bajezas que tuvieron lugar durante el viaje, puesto que hoy, varios años después, siento cierta nostalgia de aquellos hechos marcados por el ajetreo y la precipitación.

Se encuentra mi cutis algo envejecido, y mi mente serena; y ésta me transmite que, en el tranquilo y apacible poso en que se convierten los recuerdos, contemple con la óptica del homenaje y el afecto tan intrascendentes sucesos, y ensalce solamente los motivos por los que realicé semejante gesto.

A veces, cada vez en más contadas ocasiones, entre ensueños, dejo volar mi fantasía, e imagino que la máquina no se detiene en Sevilla y continúa hacia la costa, y que, cerca ya del horizonte, unos operarios imposibles siguen colocando traviesas: raíles sobre el mar que ascienden y ascienden: imagen diluida entre el estallido policromo de un celaje crepuscular, en donde el tren se aleja arrastrando la carga de mi vida hacia el firmamento, a la búsqueda de mi madre.

lomejorastaora amiparezer

QUE LA CUIDÉIS

-El tiempo tiene principio y fin, y junto a sus espacios correspondientes, está en todo lugar y momento, indiferente a los conceptos de presente, pasado y futuro. Lo engloba su factor primigenio, la energía, sin la cual no puede haber movimiento, y en consecuencia, tampoco espaciotiempo. Éste es un factor determinado por la masa de la materia; pero de ello ya te hablaré.

-No me hables. Deja que todo continúe como hasta ahora, por su propia inercia.

-Sí. Descendamos. Debemos limitarnos a vivir, participar en lo que de verdad importa.

Nos cogimos de la mano, se cogieron de la mano; caminamos, caminaron. Salimos, salieron a los espacios abiertos por los artificios de la ciudad. Hacía, hace y hará frío, un frío dador de nitidez a un paisaje diseñado para alguien, por alguien, ordenado por, para, su incipiente noche.

Tomó, toma, tomará palabras antes de expulsarlas.

-He pensado...

-¡No pienses! En este mundo es mejor no pensar; para nosotros por lo menos. Mira, mira el cielo qué aspecto tiene. ¿Quién contempla el

cielo hoy? ¡Nadie! ¡Nadie se percata de su color cambiado, ionizado, casi verde metálico!

-Los resortes de la sociedad nos empujan cada vez más, a los contemplativos, hacia la degradación. Pero como paradoja, para nosotros es todo más intenso en cuanto a la percepción y consecuente delectación de los placeres externos al universo crematístico y sus adyacentes.

Vosotras, criaturas, habláis así porque vivís en un mundo ausente de restricciones. Acordaos de Lucita, la dulce meretriz cuyo marido una vez...

-Se sale de lo circunscrito. Es mejor no tomar asuntos del pasado y ceñirnos a nosotros mismos, a nuestra efímera gloria, a nuestro irrisorio estar. ¿Verdad?

-Verdad.

Razón tenéis. Idiota soy por querer contaros cosas que, en el fondo, sólo a mí afectan. Descreimiento y escepticismo sentí a partir del momento en que consideré que la desgracia sólo a mí estaba reservada.

Pese a la maldad inherente a la especie humana, hay personas, por regla general humildes y tímidas, que son buenas. No tratan de serlo, sencillamente lo son: inconscientes de ello. Existen. Y nada más.

-Cierto –dice, dijo, dirá.

-Un sombrío malestar recorre, a caballo descarnado, nuestro destino: quebrado óleo de lo atrás dejado y nunca concluyente –asevera, aseveró, aseverará-. Y son los pasados, los presentes y los futuros los que conllevan a hacer que nos asentemos en el precario equilibrio de nuestro escabel vital, desde el cual el alambicado muro maleable y sobrecogedor

de nuestra inane conciencia se desploma y nos deshace, y debido a ello se nos remite a lo que ya nunca fuimos, somos, seremos.

-Sí.

Retroceded, deteneos, avanzad. Y es que sabéis que el ciclo no existe, todo y el interés que se manifiesta al anteponer las palmas de las manos, brazos estirados ante vosotros, en intento de mantener el sostén que se desmorona. Es otra cosa, enorme, lo que os impide vibrar, puesto que os suple.

Tan sólo pido que recordéis, avizoréis a Lucita, y amantadla con cariño. Hacedlo para, por, alguien, algo que de verdad os quiere.

nadadize sinembargosusgiñoseksperimentalesonkasinobadores

DISIPACIÓN DEL OLVIDO

Parecen mis escritos ser plasmados por una mano –o mejor: un pensamiento- infantil. Sólo lo parecen, por supuesto.

Ahora estoy aquí, solo, entristecido, sopesando con serena seriedad la posibilidad de marcharme de esta villa, en la cual la mayoría de pobladores tienen por actividad de ocio la calumnia: perturbadora prisión de su estúpida y venenosa envidia.

La vida me ha deparado gran cantidad de sorpresas, casi todas ellas desagradables. Es increíble cómo los rumores infundados pueden agriar y destrozar al individuo más templado. Aunque la culpa no es siempre de los demás, puesto que mi falta de autoestima ha contribuido a confirmar cosas que nunca han existido.

Me siento decepcionado. Debo reorientar mi destino, lejos de estas criaturas, pero me encuentro sin fuerzas, sin esperanzas, y lo peor, quizá, de todo, sin ganas. Me noto como viejo, muy viejo: mis ilusiones hechas añicos; sin conexión alguna, y sin ganas de conectar.

La literatura me ha insuflado vida, pero incluso de ella me siento hastiado: es un artificio, una necesidad: sucesiones de palabras y oraciones –o versos- que acaban en el olvido, con su imposibilidad de generar expectativas, cuando éstas, en realidad, no van más allá de uno mismo.

Es el triunfo definitivo de la corriente general de estupidez, de esa incuria, amiga de la mentira, que corroe al mundo. ¿A dónde vas, muchacho? A ninguna parte. Y sin embargo aquí estás, venido de algún sitio.

Ahora hay un señor, iluso narrador, que supone que debe exponer un relato. El relato, hace tiempo, comenzó (tal señor, debo advertirlo, lo iniciará de otro modo, no porque quiera, sino porque no puede hacerlo de otra manera) así:

El operario se trae cada día un bocadillo de jamón al trabajo. Este chico hace mucho tiempo que come el mismo tipo de alimento en semejante lugar (es posible que no se trate de un joven). El citado individuo se siente un poco hartado de su consuetudinaria cena, pero tiene que aguantarse con ella porque el narrador ha decidido que es lo que debe comer. Estoy hastiado de bocadillos de jamón, se supone que piensa el ¿joven?

Parece, sí, casi se podría afirmar, por el rictus rayano a la enajenación que muestra su rostro, que el sujeto realiza combinaciones mentales aleatorias, a medio camino entre la reflexión y el recuerdo, preocupado por algo que dista mucho de nuestro alcance. Al mismo tiempo, entre bocado y bocado, voltea con sus manos, inconscientes filigranas, su bocadillo de jamón.

Cesa en su introspección y sorbe un trago de la lata de refresco de cola que ha extraído de la máquina expendedora (¿a ver?: sí: se halla tan útil servicio para hidratarse justo a la entrada del comedor adyacente a la nave industrial; lugar aquél, el comedor, donde el narrador ha situado al

personaje, en solitario). La adquisición del líquido oscuro y dulzón se da por hecho que le ha supuesto un pequeño resto de su, se supone que exiguo, capital. Deposita el recipiente sobre la mesa y eructa de modo tan ruidoso que un eco le responde, casi ofendido.

¿Qué tipo de empleo tiene? Se ha decidido que sea él el encargado de limpiar la fábrica; no toda: sólo la nave a la cual corresponde el comedor. Su labor la hace cuando los empleados de la industria acaban su turno, y de tales operarios se afirmará que marchan a su casa a partir de las dos de la tarde, así que las ocho horas restantes son para que nuestro personaje pueda llevar a cabo su tarea. Si realizamos un pequeño cálculo, comprenderemos que el supuesto muchacho acaba a las diez de la noche. Ya está cenando; en consecuencia su cuerpo y su mente sostienen cierto agotamiento porque ha consumido varias horas en su trabajo.

Se manifiesta todo lo narrado como bastante fácil de creer, veraz y plausible. ¿No? ¿Restan dudas? Acabe usted por convencerse:

El reloj del operario le comunicó que debía levantarse y acudir a reanudar su faena. Hizo esfuerzos por desobedecerlo, al reloj, mas acabó cediendo. Se incorporó, cogió los bártulos de limpieza, que habían estado apoyados en una pared, junto a la entrada del comedor, y se introdujo en la nave para acabar su jornada.

Bien; aquí tienen al chico despojando de sobras e inmundicias el lugar.

Estoy harto de limpiar esta sección, es posible que se diga a sí mismo. Algo hace creer al fabulador que el muchacho se siente hastiado

de por lo menos dos cosas. Además pienso (yo o el narrador, da igual) que este relato es una idea sin acabar; y resulta ser bastante menos que un poema. Pero no todo en este mundo se acaba, y no por eso lo inacabado deja de tener su mérito. Especulemos con el chico: es un personaje casi inasible, por resultar incompleto, con sólo un atisbo de comienzo. ¿Qué sabemos de él? Casi nada: es un joven (¿o no?) trabajador de limpieza industrial que come en su tiempo de descanso bocadillos de jamón en el refectorio de la fábrica. También se supone que no es muy dado a realizar elucubraciones mentales demasiado elaboradas. A decir verdad, nada se sabe. Se observa, o creemos que se observa, que se introduce entre las maquinarias de una cadena de montaje en la que hay esparcidas por todas partes virutas metálicas. Se supone que retira éstas y las mete en una enorme y resistente bolsa de basura de plástico negro, gracias a un recogedor de mano que maneja con habilidad cansina –no vemos su actividad ni los utensilios.

Lo mejor que puede hacerse es dejar que el individuo que se podría describir, si tuviésemos perspectiva y conciencia claras de quién y qué es, siga con sus arremetidas vitales y, al acabar su trabajo, se inserte en un marco social más sosegado, que pese a todo, lo aguarda para hacerle sudar hasta su jubilación (es posible –no: diremos que es por completo cierto- que el dueño de algún bar lo espere ahora, con su servicial sonrisa de recaudador).

Como se comentaba, esto jamás se acabará. Así que volvamos a mí; que tanto es mi desapego, adventicio, que no sería un mal factor circunstancial olvidarme por unos momentos de todo y acudir a la

entrada de la factoría –no sé cuál es, o podría ser, pero si la recreo, la creo-, esperar la salida del ¿chico? y marchar con él a tomar unas copas en la tasca del depredador, o “depredadorbar”, y dejar que los instantes reposen en el olvido, aunque sólo sea por unas horas. Y de este modo, permanecer en compañía de quien a su manera también sufre, o se supone que sufre, y de verdad conocerlo y regenerarlo, para yo disiparme.

ekstrañoensayo noeksentodebuenaskualidadesigrandesdefektos

ATRACO

Juan caminaba deprisa por una estrecha senda llena de pinaza, encajada entre los muros de una espesura selvática; se hacía tarde y aún estaba un poco lejos de su casa. Oscurecía y las sombras inundaban su vista. Se detuvo para mear en el tronco de un pino. La acumulación de orina en su vejiga se debía a un efecto nervioso producido por el leve temor que sentía ante el aspecto siniestro que había adquirido el solitario bosque. Los ruidos crepusculares se incrementaban. Se abrochó la bragueta con rapidez y reemprendió su camino.

Pocos pasos recorrió, puesto que lo interceptaron tres personas de aspecto astroso que surgieron de repente de la maleza.

-¡Mirad qué suerte hemos tenido! –exclamó con sorna uno de los individuos-. Este tipo es quien nos va costear unos “picos”.

Ante su conducta y su aspecto, y sobre todo por sus palabras, Juan se percató de inmediato de sus intenciones. Intentó esquivarlos y huir. Los malhechores reaccionaron con rapidez; lo inmovilizaron cuando ya se había situado de espaldas a ellos y comenzaron a golpearlo con saña y contundencia. Entumecido y semiinconsciente en el suelo, lo registraron y le quitaron todo lo que poseía de valor. De inmediato los tres

delincuentes se añadieron al principio de la noche, entre el estridente refugio de sus gritos y risas.

Al cabo de un rato Juan se levantó como pudo, ensangrentado y dolorido. Casi a tientas y tropezando con frecuencia, alcanzó la carretera principal. Pidió auxilio a un coche que se aproximaba. Una mujer bajó de él, espantada por el lamentable aspecto que ofrecía el hombre. Éste narró lo ocurrido y ella lo llevó a un ambulatorio. Dio las gracias a la señora y se despidieron.

Lo curaron y poco después le dieron el alta. Fue inducido a denunciar, pero se negó, alegando que no podría reconocer a sus agresores debido a lo rápido y caótico de los hechos. En realidad temía más a un eterno vaivén entre despachos de abogados, y a juzgados de exasperante lentitud en tramitar.

Juan llegó a su casa y le comentó a su mujer lo sucedido. Ella lo consoló y le preparó la cena.

Al día siguiente Juan debía ir al trabajo pero dudaba entre personarse o solicitar la baja laboral hasta que se recuperase de los golpes recibidos. Así y todo, esto no era lo que más afligía al hombre; lo que en realidad le hacía cavilar era la constante promesa interna de no volver jamás a realizar una incursión campestre y rezagarse tanto; y para colmo hacerlo a solas.

A Juan la vida, a pesar de la experiencia que le otorgaba su mediana edad, aún tenía sorpresas que ofrecerle; pero un incidente como el que acababa de vivir no iba a repetirse, sin duda.

Poso del bosque, la bruma recorrió noches de paseos fieles.

relatoeskuetoeintraszendente

ANÉCDOTA DE UN INCENDIO

Todos, a prudente distancia, contemplábamos con curiosa morbosidad cómo surgían humo y esporádicas llamas del incendio que se había dado lugar en un comercio de muebles, en la planta baja de un edificio de cuatro pisos de altura; humo y llamas que escapaban de escaparates con sus vidrios rotos, y de ventanas y puertas calcinadas.

No habían llegado los bomberos todavía.

El fuego debió de alcanzar algún elemento de gran capacidad pirogénica porque de repente una enorme y sonoramente sorda deflagración rebotó contra la calle, cuando rompió entre estallidos los cristales que quedaban en pie. Retrocedimos instintivamente. Comenzaron las llamas a lamer la zona inferior del piso de arriba. “La cosa se pone fea”, pensó el que más o el que menos.

Un repentino y estridente alarido acalló de golpe nuestros tumultuosos murmullos.

Impulsado por el grito, un señor alto salió del grupo al instante y se dirigió hacia el peligro. “Retroceda; no se puede hacer nada”, exclamamos al unísono. Pese al desesperado lamento general, el hombre no se detuvo y se introdujo en el infierno.

Llegaron los bomberos e intentamos, a modo de arbitrario coro, explicarles lo del chillido y la inmediata respuesta de rescate del hombre, pero los profesionales casi nos ignoraron para actuar de inmediato con frenético trajín contra el fuego.

Entre el gentío, los empleados del negocio de muebles hicieron recuento de ellos mismos y aseguraron que todos estaban a salvo. Que nadie había peligrado se evidenció cuando supimos que el grito había procedido del primer piso: la mujer de mediana edad que lo profirió se encontraba entre nosotros; y nos narró que se asustó al ver que las llamas aparecían frente a su ventana.

El incendio fue controlado y asomaba de la tienda hacia la calle un humillo residual de ceniza.

Todos nos preguntábamos lo mismo, expectantes, cuando en ese momento aparecieron dos bomberos que salían del lugar del siniestro transportando una camilla con un bulto inmóvil tapado por una manta. Comprendimos que se trataba del cadáver del héroe anónimo, el cuerpo del señor que había arriesgado y entregado su vida..., para salvar a nadie.

yaesta buenrelato arekakantesdezenar
meduchareidespuesmedareunrrebolkonkonmiamor
mañanatempranoarelinforme

TERCERA PARTE

-Adelante. Tome asiento, por favor. –Así lo hizo. Aquí tenía al proyecto de escritor que se había molestado en venir en persona a verme.

Aquella mañana reconozco que yo no estaba de buen humor, pese a que la escena protagonizada dos días antes por quien había dado por supuesto en aquel momento que era mi hijo comenzaba a disiparse, y estaba ya casi convencido que, en un estado nervioso alterado, mi mente se había confundido –teniendo en cuenta además que nunca pude aproximarme demasiado al lugar de los hechos porque la policía nos lo impidió, a mí y al resto de transeúntes que curioseaban- y de este modo le otorgó, casi con toda certeza, el protagonismo a una persona y a un vehículo, casualidades del destino, que debían de ser prácticamente idénticos a mi niño y a su coche, y que yo, en medio de una situación estresante como la que vivía por entonces, me debí de sumir en un breve trance pseudodelirante, o en algo así como en una alteración perceptiva transitoria, que me transmitió una información que no era correcta. Así me explicaba a mí mismo el suceso, con la intención de restarle importancia en el aspecto personal y familiar; es decir: el causante del atropello fue otro, no mi retoño.

De esa manera pensaba en aquellos instantes. Y sin duda era mucho mejor creer que el error provenía de mí, puesto que en caso contrario, debía dar por hecho que mi hijo se había inmiscuido en un

accidente de consecuencias fatales, imprevisibles y terribles. Pero más allá de mí mismo, o sea, externamente, a mi alrededor, las cosas no parecían haber cambiado. Así que asunto zanjado.

Examiné el aspecto del hombrecillo con ínfulas de escritor y no pudo dejar de disgustarme el que hubiera regresado con la misma ropa y sin trazas de haberse duchado ni afeitado, puesto que desprendía olor a añejo y el vello de su rostro era un poco más hirsuto y oscuro: incipiente y típica barba del individuo que manifiesta dejadez personal.

Su dificultosa inmovilidad y su rostro de..., cómo lo expresaría..., sí, de imbécil, producían en mí que me sintiera casi enfermo.

Para colmo, había acabado de leer el informe instantes antes, y resultaba bastante desalentador. Era imprescindible realizar una selección de los relatos: cribar algo que en su totalidad ya era de por sí insuficiente para publicarlo en libro. En resumen: debía pasar página y proseguir con mi búsqueda.

-Tenga. Se me olvidó darle esto ayer. –Me entregó un folio arrugado y doblado por la mitad, con manchas de aceite de chorizo. Lo ojeé; las líneas, casi todas con tachaduras, estaban escritas con bolígrafo barato. Se trataba de sus datos personales, junto a una relación de las fechas de redacción de los cuentos. Retiré la vista del papel, muy irritado por semejante chapuza; y entonces, con toda la mala baba del mundo, pensé en que su paupérrima producción resultaba una excusa ideal para deshacerme de una vez de semejante impresentable:

-¿Ha tardado usted casi veinte años en garrapatear alrededor de dos decenas de relatos cortos?... Señor mío, parece ser que su capacidad creadora gusta de tomarse sus buenas vacaciones.

-No, no piense eso usted. He escrito más cosas; reconozco que pocas. Pero es que la vida tiene sus imperativos, y a menudo las circunstancias nos superan. Casi siempre he tenido que invertir el tiempo en algo tan trascendental como es la conservación de uno mismo, y de este modo me he sumido a menudo en la obliteración terrenal de la simple cotidianidad.

Me dejó perplejo el peculiar comentario, con su final tan fuera de contexto; y más deslocalizado resultaba serlo si se tenía en cuenta que mi objetivo era conminarlo a marchar.

-Bonita expresión –respondí-, pero me temo que no puedo perder más tiempo con usted. –Acto seguido, la pompa de vanidad de mi posición respecto a la de él, estalló para restañarle la mierda que salió de mi boca, pretendiendo con ello hacerle egresar por la puerta por donde había entrado:- Ésta es una de las grandes editoriales del país, y sólo por atenderle ya he derrochado hasta dinero... Supongo que me entiende.

Debía de ser lento de reflejos mentales, porque mi directa –la apostilla resultaba unívoca- no funcionó. Se limitó a decir nerviosamente:

-No..., no acabo de comprender.

Me sulfuré. Y no dejó de pasarme por la cabeza que el hombre moreno de las lentes de miope podía ser quien acabase de pagar todos los

platos que se me estaban rompiendo en aquel delicado instante de mi vida.

-¡Que se marche y me deje en paz, cojones! –explicité alzando la voz.

La boca se le quedó abierta de tan bobo que quedó: hubiera podido cagarse en el interior de ella una mosca. Reaccionó y balbuceó:

-Es imposible... No puede ocurrir esto... No consta en sitio alguno semejante resultado...

Calló. Debo reconocer que, pensando en la réplica que le iba a dar, apenas reparé en lo incongruentes que resultaban ser su últimas palabras.

-¿Que no qué...? ¿Quién demonios se cree que es usted?... –Y se me ocurrió justo en ese instante una pregunta a la que yo mismo respondí, de modo avieso y retorcido, extrayendo así todo el veneno que tenía acumulado:- ¿A qué se dedica?... Seguro que a la mendicidad, porque por su aspecto...

Su expresión derivó hacia una tristeza opaca e inmaterial. Respondió casi en silencio:

-Yo... Yo tengo problemas... Verá; cobro una pensión no contributiva. Apenas puedo llegar a fin de mes.

>>Se debe todo a que me masacró el hecho de advertir que el universo se puso en mi contra. Todas las acciones eran preconcebidas para causar la consiguiente reacción de mi persona. Cristales que carecían de reflejos se acicalaban entre miasmas, podredumbre que estallaba en mi cara. Ondas que fulguraban concedían espasmos lacerantes a un poder omnímodo, ello siempre entre un infranqueable

muro de maldad que yo ignoraba y sin embargo agredía a mi insignificancia. No tenía asideros en la pantalla de vidrio, lisa y en plano inclinado, casi vertical: caía sin saber el porqué... (El hombre continuaba hablando y yo ya no lo escuchaba, atónito por su incoherente soliloquio. Lo balbuceaba entre algún esporádico, agudo y patético gimoteo que lo hacía entrecortarse a menudo –aterradora la imagen de su desamparo-. Sus ojos marrones intentaban contener unas lágrimas, que crueles, pugnaban por surgir. Era el colmo, de ese modo estaba consiguiendo arrasar del todo a mi irritado estado mental, que observaba con enfado una situación ridícula que debía acabar cuanto antes. Resultaba imprescindible machacar de una vez al pingajo que tenía a mi lado. Pero pese a todo esto, realicé un esfuerzo por sobreponerme al asombro y recuperar la capacidad cognitiva, e intentar hilvanar, si podía ser, lo que me decía.) ...ataque de ansiedad me llevó a reventar contra el suelo enmoquetado de la oficina una botella de plástico que contenía agua. Y yo corría, corría y gritaba, y dormía y despertaba, y reía, sobre todo reía... No podía, pero debía luchar, sobreponerme y captar, encontrar lo que con toda seguridad eran micrófonos... ¿Y quién reía?, ¿y quién reía?... ¿Sabe?: un coche pasó junto a la marquesina, y desde su interior alguien me llamó “cabrón”. ¿A qué era debido que fuese a mí?... (Ya era suficiente. Debía darle la estocada final, expulsarlo urgentemente de allí.)

-Pues me temo –dije, alzando un poco la voz para sacarlo de su ensimismamiento- que será para siempre lo de no llegar a fin de mes, porque me encargaré en persona de que jamás pueda publicar en lugar

alguno. Y por lo que usted mismo dice, deduzco que no debe tener ni para costearse una edición propia.

-No puede hacerme esto. Es imposible...

-Que no puedo... Imposible... Qué reiterativo es usted. No se percata de que eso lo dijo hace unos momentos... ¡Márchese ya, pordiosero! ¡Y llévese estos papelajos, esta “magna” obra que sólo sirve para algún apuro, en caso de que faltase papel higiénico!

Aún conservaba en mi mano el folio que me entregó poco antes. Lo agregué a sus legajos y, mientras se levantaba del asiento, se los extendí para que los recogiera.

-No. Da igual –susurró-. Quédeselos.

Consternado, se giró para marchar; su rostro había empalidecido por impotencia y vergüenza. Casi sollozante, mascullaba palabras ininteligibles.

Por fin me había deshecho del desecho...

...Y entonces descendí al único infierno que conocemos...: el de siempre..., el de aquí.

¿Pueden en nuestra vida suceder dos hechos idénticos?, ¿o producirse un disloque temporal?, ¿o que exista una suerte de transferencia de realidad?... ¿Qué ocurrió en verdad? No lo sé. Lo más admisible y lógico es atribuir el suceso a un delirio transitorio, pues no creo en ucronías o cosas por el estilo, ni la metafísica está suficientemente desarrollada como para explicar según qué contingencias. Además, a mi hijo sólo lo juzgaron por la muerte de este señor; es decir: no hubo más que un accidente. Pero la sensación de

extrañamiento a lo largo del resto de mi existencia, a partir de aquellos momentos, con sus lógicos intervalos -más o menos prolongados- de olvido, jamás me abandonó.

Muchos años después, transformado en un venerable anciano jubilado y viudo, acompañé a mis nietos más pequeños a un parque de atracciones. Montaron en una inmensa noria cuya altura quedaba derramada en el cielo. Yo respondía a sus alegres y joviales saludos agitando de modo automático un brazo alzado, pues mi atención no estaba puesta en ellos: me encontraba absorto, más que nunca, retrotraído en el instante en que me asomé a la ventana de mi despacho y miré hacia abajo, a la amplia avenida. Entonces contemplé lo que dos días antes me estuvo vedado: el escritorzuelo caminaba pensativo y en extremo cabizbajo. De tal guisa se internó en medio de la calzada. Un moderno automóvil, que en seguida reconocí, circulaba en esos momentos a gran velocidad.

Un intento de esquivar; un chirrido de frenada brusca...; y un sordo y siniestro impacto que desplazó al hombre unos cuantos metros hasta ir a parar a un lugar en el que un árbol obstruía mi visión. Una patrulla de policía que circulaba en sentido contrario estacionó dos ruedas laterales y casi todo el cuerpo vehículo sobre la acera de enfrente. Dos agentes se apearon y se dirigieron al lugar del accidente. Simultáneamente, mi primogénito (al salir del coche mostró síntomas de encontrarse como mínimo bastante bebido) apoyó su torso sobre el capó de su auto, cruzó los brazos sobre la frente y empezó a sollozar como un niño chico. Casi con toda seguridad gimoteaba entre estertores que sucedió sin

pretenderlo él ni nadie, que el señor se le había echado de repente encima... Supongo, supongo que cosas así o de ese mismo estilo diría.

No quise ver más. Me dirigí al sofá donde a veces sesteaba y, una vez estirado en él, temblé. Tembló el tuétano de mis huesos, se me enrojeció la visión, mi corazón parecía que iba a reventar, y una viscosidad espeluznante de pánico surgía por los poros de mi piel. Así me mantuve varios minutos hasta que conseguí calmarme.

Soy un hombre práctico, pragmático, y considero que mi equilibrio mental es bueno y acaba siempre por ajustarse de un modo eficiente a la realidad: durante los primeros tiempos de este paradigmático suceso intenté no darle mucha importancia y considerarlo como algo poco trascendente: conseguí resolver mi conflicto interno. Pero sabía de sobras que aquello marcaba un antes y un después. Además, aunque apenas lo demuestre, no carezco de conciencia: me sentía culpable por tratar, casi rozando la sevicia, de semejante modo a aquel pobre desgraciado, al que, para colmo de males, mi hijo le arrebató la vida, a pesar de que el hombre tuvo gran parte de culpa debido a su inconsciente temeridad.

A causa de una cuestión de arrepentimiento y de vano intento por salvar lo que ya era irremediable, pensé en que resultaría idóneo realizar un gesto que mitigara mi desdicha interior, por lo que a modo de pequeño homenaje póstumo publiqué el breve libro de Pedro Carbonell Castellero.

(Este libro ha sido revisado en Gavà, entre el 29-8-2011 y el 25-7-2012.)

(Nueva revisión que considero definitiva: del 15-12-2014 al 23-4-2015)